

# Las Renegadas

Eli Macías



Ilustración por Alba Aranga

# **LAS RENEGADAS**

# **LAS RENEGADAS**

**Eli Macías**

©Eli Macías

©Ilustración y maquetación de cubierta: @ponypokez

©Edición y corrección de texto: Elia Vela Laviña

Primera edición: julio 2023

Segunda edición: enero 2025

Aviso de contenido sensible: ninguno destacable.

*Para quien aún no haya encontrado su sitio.*



# 1

## *Dando por saco*

A Lore eso de venderle droga a los niñatos más pijos del barrio de Salamanca no le quitaba el sueño, pero sí que lo hacía que El Figura no le hubiese dado aún su parte del dinero.

Así se hacía llamar: El Figura. Con artículo y mayúsculas, porque solo había uno en todo Madrid, en toda España, y no aceptaba que le dijeran lo contrario. A ella le daba igual llamarlo como le diese la gana, pero primero que pagase y luego ya aceptaría las demandas de ese payaso.

Pensó en mil planes que prefería hacer antes que estar deambulando por Malasaña. Pasear por la Fnac para ver qué le podía regalar a su hermano por su cumpleaños, tomar algo con sus compañeros de piso o pasar las horas muertas en el Tim Hortons leyendo las mentes de las personas que bebían solas. Pura curiosidad, quería saber si todo el mundo se sentía igual de desgraciado que ella con un café de cuatro euros en la mano.

Claro que para hacer cualquiera de esas cosas necesitaba el dinero. Por desgracia, dudaba de que fuese a conseguirlo tan fácilmente.

Cuando llegó a la calle Pez se detuvo unos segundos para coger una gran bocanada de aire, alzando la mirada hacia el balcón de El Figura. Salían luces de neón por las rendijas de las persianas. «Puedes hacerlo, joder, eres dura», se dijo a sí misma mientras erguía la espalda y levantaba la barbilla. Sí, ella quería pensar que todos los años que había pasado en la calle la habían curtido lo suficiente, pero lo cierto era que aún se quedaba rayada durante horas cuando leía los pensamientos de alguien que le caía bien y este

no pensaba bien de ella. Por eso había dejado de hacerlo: se ahorra disgustos. No necesitaba saber que la otra persona se moría por preguntarle si le podía tocar el pelo.

Con un último bufido firme, entró en la casa cuya puerta nunca cerraban porque siempre estaban de farra. Por suerte, esa noche de miércoles solo había unas cinco personas más con él, tirados en el sofá o en el suelo, con el olor a porros inundando la estancia y la música *hip hop* retumbando en las paredes. El Figura era la persona menos consciente de lo caucásico que era y eso hacía que a Lore le diera asquito cada vez que le pasaba un brazo por encima de los hombros, tratándola de «colega» o de «igual». Esa vez, solo abrió los brazos, soltando la calada del vapedor, sonriéndole como si esperase que se tirara encima de él. Cosa que, por supuesto, no pasó.

—Pero bueno, Lore, ¿qué haces aquí?

—Venir a por lo que me debes —espetó sin andarse por las ramas, cruzándose de brazos y apoyando todo el peso del cuerpo en una pierna.

El Figura dejó caer los hombros y frunció el ceño, pero no hizo desaparecer la sonrisa estúpida del rostro.

—No hay prisa, tómate algo antes y relájate, anda, que estamos aquí de tranquis —dijo antes de dar otra enorme calada. Ahora la habitación olía a porros y fresas con nata.

Molesta, Lore intentó airarse con una mano y juntó las cejas todo lo posible a los ojos.

—No puedo relajarme cuando te di todo el dinero porque dijiste que tenías que dividirlo entre los que habían participado, pero yo no he visto ni un duro. ¿Cuándo piensas darme mi parte?

—Que sí, no te preocupes que mañana la tienes.

Lore entrecerró los ojos, nada segura de esa promesa. El Figura se levantó, moviendo la cabeza al ritmo de la música para echarse otro cubata, y la chica apretó los labios, concentrándose para poder leerle por encima del ruido.

*«Joder con la pesada, a ver si pilla la indirecta y deja de darme por saco».*

Cerró los puños, aunque no estaba para nada sorprendida. Suspiró y descruzó los brazos, acercándose al hombre lo suficiente como para hacerle sentir incómodo y tener que mirarla por encima del hombro.

—Mira, yo voy a venir todos los días que hagan falta hasta que me des lo que me pertenece, y puedo pasarme semanas *dándote por saco* o puedes dejar de hacer el gilipollas y pagarme para que podamos cerrar este asunto de una vez por todas.

El Figura dejó el cubata lleno sobre la mesa con un golpe que hizo que el líquido se derramase y Lore se tensó. A veces se le iba la fuerza por la boca con gente así; ella era perra ladradora, poco mordedora, pero así era cómo había conseguido sobrevivir en la calle. Leyendo mentes y haciéndose respetar a partir de lo que sacara de ellas. Aunque, si podía evitar conflictos, mejor.

En cuanto el hombre se dio la vuelta con la mirada envenenada, todo el buen rollo que había fingido desapareció de su cara, iluminada por la luz tenue de las lámparas de lava que endurecían aún más sus rasgos. Aun así, Lore no se dejó amedrentar. Se irguió, cogiendo aire y alzando la barbilla. El Figura le chistó.

—Mira, chavalilla...

Lore no pudo responderle ni supo qué era lo que le iba a decir antes de que la puerta principal se abriese con un solo golpe.

Ambos se giraron hacia la entrada, donde se encontraba una chica de media melena despeinada y *bomber* colorida que se le deslizaba por los hombros, como si no le diese mucha importancia a la apariencia que llevaba. No era alta, pero sus ojos afilados le hacían parecer mucho más intimidante que cualquiera de ellos dos. Lore frunció el ceño. No podía verla bien, pero todo en ella le resultaba familiar. El gesto, la postura desenfadada, los pendientes kilométricos con forma de aro que chocaban con sus hombros.

No podía ser, y sin embargo, allí estaba ella.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó El Figura a su lado, y Lore intuyó que él ya la conocía. La chica dio dos pasos hacia el frente y chasqueó la lengua con las manos en las caderas.

—A ver, Juanfran, hijo de mi vida. ¿Cuándo pensabas decirme que tienes novia?

El Figura palideció y entreabrió la boca al escuchar su nombre. Lore se aguantó la risa con los labios torcidos. No era tanto el nombre como lo indigno que quedaba dicho en boca de esa muchacha que, cada vez más, le recordaba a alguien y le daba rabia no identificarla.

—Pero ¿y a ti qué más te da? Tampoco me preguntaste.

—Porque doy por hecho que, cuando un tío me tira la caña, es porque no tiene ningún compromiso más, aunque es mucho pedir de un baboso como *tú* —dijo con una mueca en los labios y acercándose aún más a ellos—. Marisa está destrozada, si lo llego a saber no te toco ni con un palo. Eres un mierdas, Juanfran.

—Que no me llames así, Paula —contestó El Figura con los puños apretados y dando un paso al frente, cosa que no amedrentó a la chica en absoluto.

Lorena cogió carrerilla, decidiendo usar el nombre recién mencionado para hacerse la sorprendida. Abrió mucho los ojos.

—¿Paula? ¿Paula Torres, de La Rosaleda?

La chica se giró hacia ella, relajando la expresión y parpadeando varias veces. Entonces, dio un salto y se inclinó hacia delante, ahogando un grito. Sí, sí que era ella, Lore lo tenía clarísimo. La del instituto. La de las sonrisas. La del equipo de voleibol. La que se acercaba entre descanso y descanso a ver lo que estaba dibujando y a pedirle, muy dramática ella, que «la dibujase como a una de sus chicas francesas».

Paula, la chica de la que estuvo colgada durante todos los años de instituto.

—Hostia, ¿Lorena Duany? Pero ¿qué...?

—Oye, que mira, que me da igual —interrumpió El Figura haciendo unos aspavientos con las manos. Paula le miró con las cejas alzadas, irritada por no haber dejado que terminasen de hablar entre ellas—, que me parece muy bien que os conozcáis, pero ¿qué tal si esto lo habláis fuera de mi casa?

—A mí todavía me debes dinero —dijo Lore, estoica.

Paula siseó.

—Y a mí una disculpa, como mínimo.

—¿Y a mí qué coño me contáis, putas locas? —escupió El Figura — Juanfran— claramente molesto, haciéndoles un gesto despectivo con una mano como quien ahuyenta a unas palomas molestas en la plaza—. ¿Por qué no termináis la charleta en el McDonald's? Que ya me estáis tocando los cojones.

Lore apretó los labios y los puños. Leerle la mente no le llevaría muy lejos. Si acaso podía intentar sonsacarle dónde guardaba el dinero, pero sería poco discreta. Tendría que preguntarle para obligarle a pensar en ello y no quería que El Figura, de entre todas las personas del mundo, averiguase

su poder. Estaba segura de que intentaría aprovecharse de ello de algún modo. Ya lo hizo con su anterior colega, el que abría pestillos a base de silbidos. Ahora que lo pensaba, no lo había vuelto a ver desde que le tuvieron que hacer un agujero en la garganta.

Antes de que pudiera decir algo más, Paula suspiró muy profundamente y se encogió de hombros. Eso le hizo centrar su atención en ella, sobre todo por su actitud despreocupada, y Paula se giró hacia las personas medio dormidas —o medio fumadas— que estaban sentadas en el sofá, observando la escena con curiosidad.

—Será mejor que os larguéis ahora, que se va a poner la cosa fea.

El Figura bufó con una risa amarga, cogiendo el cubata como si la cosa no fuese con él y bebió mientras le daba la espalda a las chicas. Ninguno de los otros se movió —Lore dudaba mucho de que hubiesen escuchado una sola palabra de lo que había dicho—, y Paula asintió con la cabeza, las cejas alzadas y la boca torcida, como si se aprobara a sí misma lo que estaba pensando. Lorena no sabía muy bien qué esperar de toda esa situación.

Se asustó más por el grito que pegó una de las chicas en el sofá que por el ruido que hizo la minicadena al explotar. Lore abrió mucho los ojos, observando las pequeñas llamas donde antes estaban los altavoces de los que salía música. La única persona que no parecía afectada era Paula, que se cruzó de brazos y sonrió de lado justo en el momento en el que la televisión reventó. Los cristales volaron hacia todas partes.

Hubo unos segundos de silencio expectante antes de que todos los que estaban allí salieran corriendo entre alaridos. Lorena se quedó en el mismo sitio que antes, dejando caer los hombros y asimilando. El contraste del color de la habitación le otorgaba a la mueca horrorizada de El Figura una sensación de caricaturesca. Alzó las manos temblorosas con el cubata casi vacío por todo lo que había vertido del sobresalto.

—A ver... calma... tampoco hace falta que te pongas así.

—Tarde, perdiste la oportunidad de redimirte cuando dijiste «putas locas» —replicó la chica, encogiéndose de hombros.

Lore escuchó algo estallar en otra habitación y, al girarse, vio el agua saliendo como un río por debajo de una de las puertas. No dejaban de explotar cosas a su alrededor. Un ordenador, el microondas, una lámpara de lava. Cuando se fijó en Paula, se dio cuenta por su cara de circunstancias de

que había dejado de controlar ese caos en algún momento, aunque tampoco parecía demasiado arrepentida.

—¡Me ha quedado claro! ¡Para ya, por favor! —imploró el hombre entre gritos, llevándose las manos a la cabeza y mirando a su alrededor, buscando algo que pudiera salvar entre tanta destrucción.

—Así aprendes la lección —replicó Paula, altiva, y se dirigió hacia la puerta como si la casa de El Figura no pareciese el Titanic a punto de hundirse.

Detrás de ella fue Lorena, quien tenía muchas preguntas y pocas ganas de quedarse a ver cómo esa casa se desmoronaba con rapidez. En los pisos contiguos salían algunos curiosos a mirar, teléfono móvil en la mano. Aquello fue lo que más le perturbó a Lorena; no se podía permitir que la policía la pillase en una escena así.

—Tú, haz como si no pasase nada —susurró Paula a su lado, bajando por las escaleras irregulares que debían tener como mínimo cincuenta años.

Lore se mordió el labio. ¿Cómo quería que actuase? ¿Es que solo a ella le parecía una locura toda esa situación?

—Sabes que como venga la poli nos metemos en un lío de los gordos, ¿no? Primero por destrozar un piso y luego por los poderes.

—Vamos a ver, ¿tú te crees que el *cagao* del Juanfran va a decir nada? Tiene la casa hasta arriba de drogas, lo último que quiere es que la policía se meta en esto, y seguro que les he hecho un favor a los vecinos, que estarán hartos de él. En cuanto a los poderes... —bufó, poniendo los ojos en blanco—. No te preocupes, no soy tan tonta, no voy a dejarme pillar tan fácilmente.

Lorena torció la boca. A decir verdad, no le preocupaba tanto que pillasen a Paula como a ella misma. Bastaría un encefalograma para que vieses que podía leer mentes. En cuanto comprobasen que no estaba registrada, se le acabaría el chollo.

La siguió mientras salían a la calle porque no tenía otra cosa que hacer; Paula había destrozado su plan y la posibilidad de conseguir el dinero que le pertenecía, pero, aun así, se sintió atraída hacia ella, hacia su fuerza.

Como en el instituto.

Una vez hubieron doblado una esquina e ignorado las personas que señalaban con sorpresa el balcón del que salía humo, Paula se giró hacia Lorena y le dedicó una enorme sonrisa de dientes cuadrados y rectos. A

Lorena se le saltó un latido. Siete años y, de repente, como si no hubiese pasado ni un solo día después de la graduación.

—Pero, bueno, tía, ¡cuánto tiempo! ¿Qué haces en Madrid?

Parpadeó varias veces. ¿Realmente iba a ignorar lo que acababa de pasar?

—Buscarme la vida —contestó, incómoda, cambiando el peso de pierna y queriendo salir de aquel barrio cuanto antes.

Paula mantuvo la sonrisa, esa vez cerrando la boca, y le dio un codazo amistoso.

—Ya somos dos, entonces —dijo, animada. Se mordió el labio inferior y siguió—: Oye, no te importaría que me quedase en tu casa esta noche, ¿no?

Lorena pestañeó. Otra vez. Claro que le importaba, y mucho más después de lo que acababa de pasar.

—No, claro. Lo que quieras.

Pero el recuerdo de su época en el instituto era mucho más fuerte e intenso que su prudencia.

## 2012

Emma no había ido a clase porque estaba mala con gripe, así que Lorena tampoco tenía muchas ganas de salir al recreo porque sabía que no iba a hablar con nadie.

Podría haber salido para fumar, pero no merecía la pena mojarse las rastas con la lluvia de noviembre por un pitillo. Así que se quedó en su asiento, sacó uno de los cuadernos de Historia —en los que no apuntaba absolutamente nada— y dio unos golpecitos con el lápiz, pensativa. Hacía unos días había empezado un *anime* sobre viajes en el tiempo y su protagonista le gustaba mucho estéticamente. Tenía cara de no haber dormido en años, barba de varios días y el pelo bastante despeinado.

Dibujó un boceto un poco torpe. Le gustaban los personajes de ese estilo, más reales que estéticamente agradables, pero el *anime* seguía siendo su favorito. Intentó hacer los ojos con una línea limpia y precisa, no como solía hacerlo hacía un par de años —rayando el papel, pensando que las figuras que hacía eran increíbles—. Alguien entró por la puerta, pero solo se dio cuenta porque hacía mucho ruido caminando entre las mesas y chasqueando la lengua con fastidio.

Separó la cabeza del cuaderno. Paula buscaba algo dentro de su mochila llena de firmas de otros compañeros y chapas con mensajes. La larga melena ondulada —ni muy rubia, ni muy castaña, ni muy naranja, era un color entre medias a todos esos que le fascinaba— le tapaba la cara, así que no pudo verla hasta que se irguió, apartándose el pelo con fastidio y clavando su mirada en Lorena, que no sabía muy bien si girar la cabeza para hacer como si nada o decirle algo.

No hizo falta que pensase mucho; Paula tomó la iniciativa, yendo hacia ella con paso decidido y una mueca de disgusto, aunque se inclinó y susurró —de forma demasiado audible—, como si le estuviese contando un secreto:

—Oye, no tendrás una compresa o un tampón por ahí, ¿no?

Lorena lo pensó unos segundos, pero negó con la cabeza. Paula bufó como un toro malherido y se frotó la parte baja del estómago.

—Joder, dieciséis chicas en clase y ni una con tampones.

Inevitablemente, se fijó en las largas pestañas maquilladas con máscara y las pecas marrones de la nariz. Paula siempre había sido, de forma objetiva, una chica muy guapa. Con sus mejillas tan rosadas sobre la piel pálida, labios finos, nariz redonda y ojos verdes y afilados que siempre se pintaba para que parecieran los de un gato.

Tardó demasiado en darse cuenta de que Paula estaba con la vista agachada y, al seguirla ella misma, se encontró con su dibujo sin terminar. Lore lo tapó con los brazos como acto reflejo, sintiéndose un poco tonta, y la chica sonrió tan fuerte que pudo *escucharla*.

—Qué chulo. ¿Quién es?

—Eh... —balbuceó Lore, insegura—. Un personaje de una serie.

Quiso decirle el nombre, pero quizá era una de esas personas que ponían muecas cuando escuchaban algo que sonase *friki*. Paula asintió con la cabeza, alzando las cejas. Su interés parecía genuino.

—Pues por un momento pensaba que era Don Ignacio, me lo hubiese creído —rio y apoyó los codos sobre el pupitre de Lorena, dejando caer parte de su pelo, invadiéndolo todo como una cascada de colores inconclusos—. Dibujas muy bien, qué guay.

A Lore se le olvidó cómo pensar durante unos segundos. Olía a vainilla.

—Si fuese Don Ignacio, le habría hecho con menos pelo en la cabeza y mucho más en las orejas —bromeó y Paula volvió a reírse, haciendo que los hombros se le sacudiesen con suavidad.

—Oye, para dibujarle a él hazme a mí, que soy mucho más guapa —dijo, incorporándose y echándose el pelo hacia atrás con dramatismo, la barbilla alzada y los labios apretados en una sonrisa. Lore quiso darle la razón, pero pensó que, quizá, era demasiado violento. Al fin y al cabo, Paula y ella no cruzaban más de tres palabras seguidas por semana—. Me voy a ver si alguien tiene una compresa, o un pañal, o yo qué sé. De aquí a unos minutos voy a parecer un subrayador, verás.

La morena rio con ganas, divertida por el descaro de la chica, y apenas se despidió con la mano mientras Paula se alejaba a saltitos. La clase pasó de estar llena de vida con una sola persona a sumirse en el más absoluto silencio.

Lore volvió a coger el lápiz y empezó un dibujo nuevo.



## 2

### *Ramen de un euro*

—¿Y cuánto tiempo llevas en Madrid?

Paula preguntó como si estuviesen poniéndose al día en la terraza de algún bar, tranquilas y divertidas mientras se fumaban un cigarrillo. La realidad era que callejaban a las tantas de la mañana para irse a casa sin que El Figura ni ninguno de sus amigos las siguiesen. Lore miraba por encima del hombro de vez en cuando, abrazándose a sí misma. La chaqueta vaquera no le tapaba tanto como le gustaría.

—Tres años. Vine porque una amiga me dio curro en un restaurante. — Apretó los labios y se encogió de hombros—. Pero se fue a la mierda y tuve que ir enlazando trabajos mal pagados hasta que he tenido que buscarme la vida por otras vías.

—¿No puedes volver a Málaga?

Lore suspiró por la nariz. Sí que podía, pero no le había dicho nada a su familia. Su madre aún pensaba que le iba muy bien en el restaurante y se negaba a volver a casa cuando aún tenía que mantener a cuatro hijos más. No podía hacerles eso. Dio otra calada.

—Da igual, no me va del todo mal —mintió. Se giró hacia la chica, que tenía ambos lados de la melena recogidos detrás de las orejas y la miraba con los ojos entrecerrados, no sabía si por el cansancio o por la concentración—. ¿Y tú qué tal? ¿Desde cuándo estás aquí?

Paula siseó con una sonrisa de circunstancias, poniendo los ojos en blanco de forma teatral y juntándose a ella hasta que sus brazos se tocaron. Lore

agradeció la calidez, por mínima que fuese.

—Ya sabes que me fui a Salamanca a estudiar Medicina —empezó, y curiosamente sí que se acordaba de eso—; pues no salió bien, así que estuve unos cuantos años allí antes de venirme a estudiar Derecho a Madrid. Que tampoco salió bien, y estaba harta de hacer lo que me dijese mis padres, así que aquí estoy.

Paula sonrió hasta que las mejillas se comieron sus ojos y Lore asintió con la cabeza. No podía evitar pensar en lo fácil que Paula lo había tenido en comparación con ella, que no se le pasó por la cabeza estudiar una carrera en ningún momento de su vida. Demasiados gastos, muy pocos recursos y mucha familia que necesitaba ese dinero.

—¿Y cómo te ha ido hasta ahora? —preguntó Lore, las manos en los bolsillos y la cabeza girada hacia ella, teniendo que agachar la mirada. No recordaba sacarle tanta altura en el instituto, pero tampoco lo mucho que se le marcaban las arruguitas junto a los labios al sonreír. Ambos detalles hacían que le entrase una sensación eléctrica y acogedora en el pecho.

Paula miró hacia arriba y las arruguitas aparecieron otra vez.

—Bueno, he acabado aquí contigo, así que tan mal no me ha ido, ¿no?

Lore pensó que era todo un alivio que en su piel marrón no se notara cuándo se ruborizaba, así que esperó que el bufido burlón y la sonrisa mientras torcía la cara se percibiesen como un gesto divertido y cómplice y no de nerviosismo. Se mordió el labio inferior y cambió de tema con rapidez.

—Oye, ¿desde cuándo tienes ese poder?

La otra chica suspiró de tal forma que acabó en una pedorreta y se encogió de un hombro, ya sin mirarla. Lore relajó los hombros.

—¿Desde hace un año, más o menos? Aunque creo que ya solía explotar cosas antes, pero sin controlarlas.

—Lo de esta noche no parecía muy controlado.

—Pues imagina cómo era hace un tiempo.

Lore sonrió de lado, imitando la expresión socarrona de la chica que, lejos de parecer preocupada o avergonzada, la llevaba con orgullo.

—Me imagino que no estarás registrada, ¿verdad?

Paula resopló, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, claro, lo que me faltaba: estar hipervigilada por la policía. — Arrugó la nariz y se mordió la lengua entre los dientes, como si la sola

mención le produjese nauseas—. Si mi poder fuese el de curar pupas o calentar agua para hacer *ramen*, no pasaría nada, pero todo lo que sea destruir y explotar... Así que mejor así, no tengo por qué darle explicaciones a nadie.

Lorena asintió. Lo entendía perfectamente: había poderes que se veían con mucho mejores ojos que otros, y el de Paula era de esos que se solían mencionar en las noticias solo para ir acompañado con relatos de terroristas o desgracias provocadas por delincuentes. Se frotó el brazo. Le pareció justo ser sincera con ella, después de todo.

—Yo también tengo un poder, aunque el mío lo desarrollé hace ya tiempo. Y tampoco lo tengo registrado.

Paula alzó las cejas, sorprendida.

—¿En serio? ¡Venga ya! ¿Cuál es?

—Puedo leer los pensamientos de los demás. Bueno, solo cuando yo quiero, si no sería un puto caos.

Paula se detuvo con expresión atónita. Parecía que no pudiese cerrar la boca. Dos pasos por delante de ella, Lore también se detuvo y la miró, y la otra se acercó con los brazos en jarras y la cabeza ladeada.

—A ver, ¿en qué estoy pensando ahora?

Le hizo gracia esa pregunta, porque no era la primera vez que la escuchaba y, todas las veces, acababa con la otra persona impresionada, la mandíbula desencajada y un jadeo de sorpresa, como si Lore no les hubiese avisado unos segundos antes.

Puso los ojos en blanco con expresión divertida y se concentró.

«*Si te pillo leyéndome la mente sin mi permiso, te reviento*».

Tragó saliva. La intimidación duró un par de segundos, luego rio. Paula seguía con las cejas alzadas y la mejilla casi apoyada en un hombro, esperando.

—Tranquila, no suelo usar mucho mi poder. Al menos no con gente cercana.

—Mejor —dijo con un asentimiento y, luego, contrajo su rostro en una mueca de dolor. Se sujetó al brazo de Lore y esta se agachó un poco para estar a su altura, preocupada—. Joder, ha sido mencionar el *ramen* y entrarme un hambre... ¿Podemos pasar por un veinticuatro antes de ir a tu casa? *Porfa...*

Paula le dedicó una mirada brillante de fingida inocencia, con el labio inferior ligeramente sobresaliente y los ojos más verdes que nunca. Lore rio entre dientes y negó con la cabeza ante la exageración de la muchacha.

Como si pudiese negarle algo.

El único sitio abierto a esas horas era un supermercado cuyo nombre no conocía, de luces muy blancas que provocaban que achicase los ojos con molestia. Paula cogió una cesta y la meció en la mano con entusiasmo mientras cotilleaba los primeros pasillos. Lore miró de reojo a la dependienta, de rictus en los labios y mirada fija, y la saludó con un cortés «buenas noches» que la otra respondió casi con un gruñido.

No quería ser malpensada, pero sabía lo que había en muchos casos. No siempre que leía mentes se encontraba con palabras y frases coherentes, a veces solo eran imágenes o ideas concretas, dependiendo del ánimo y la forma de pensar del individuo, y en ese caso no le bastaron más de tres segundos de insultos y desconfianza sobre su color de piel para saber que no debía indagar más en esa cabeza.

—Date prisa, por favor —susurró tocándole la espalda a su excompañera.

La dependienta estiró aún más el cuello para observarlas y Paula apretó los labios hasta que desaparecieron, comprendiendo.

—¿Te ha dicho algo?

—No, aunque está claro que lo piensa. —Le quitó importancia con un movimiento de la mano como si espantase mosquitos—. Es igual, pero a ver si nos la va a liar.

Paula arrugó la nariz como lo haría un conejo, pero no dijo nada. La vio meter en la cesta un cepillo de dientes, desodorante, compresas, cervezas, chocolatinas y paquetes de *ramen*. Pestañeó. Esperaba que Paula tuviese dinero encima para pagar eso, porque ella, desde luego, no, y mucho menos teniendo en cuenta lo que había sucedido esa noche.

Chasqueó la lengua.

La dependienta pareció relajarse cuando, finalmente, se acercaron al mostrador, mirando de reojo a Lorena más de lo necesario, incluso cuando tenía delante a una sonriente Paula. Evitó mostrar cualquier gesto de hastío, solo curvó un poco las comisuras. Menudo cliché.

La máquina pitó con cada objeto que pasaba y colocaba dentro de una bolsa que la chica había pedido. Lore se sobresaltó cuando escuchó un leve

pero extraño ruido, plástico chocando entre sí. Ese ruido fue acompañado por unos cuantos más, y las tres se giraron para ver cómo, unos estantes más allá, paquetes de palomitas volaban y desaparecían como carpas saltando en un lago. Paula jadeó por la sorpresa.

—¿Qué es eso? —preguntó con una mano en los labios y Lore entrecerró los ojos, recelosa.

La dependienta dudó unos segundos antes de salir de detrás del mostrador para acercarse hacia la zona en la que no dejaban de escucharse bolsas y cajas revolviéndose, con un «¿quién anda ahí?» decidido, pero algo asustado.

En cuanto se perdió tras un estante, Paula cogió la bolsa y el brazo de Lore al mismo tiempo, tirando de ella para salir corriendo. Lore trastabilló, tardando en reaccionar, pero en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, echó a correr cuesta abajo con el único sonido de sus jadeos, los latidos del corazón golpeándole las sienes y un perro ladrando en un balcón acompañándolas en su huida. Solo cuando estaban tres calles más abajo y el contraste del frío en su rostro caliente y sudado se hizo molesto, se detuvo con las manos en las rodillas y cogió aire, tosiendo al tragar saliva. Paula dejó de correr poco después de ella, volviendo hacia donde estaba la otra y dejando la bolsa en el suelo con un suspiro muy largo. Lore alzó la mirada para encontrársela con la cabeza echada hacia atrás y las manos en las caderas, riéndose como si se hubiese quedado sin aire por un chiste muy bueno que había escuchado.

—Y pensar que... tú eras a la que se le daba bien Educación Física... en el insti...

La morena cerró la boca y empezó a respirar tan fuerte por la nariz que parecían bufidos. Apretó los dientes, enfadada. Paula no se dio cuenta de su expresión hasta que agachó la mirada y dio un paso hacia atrás, intimidada cuando Lore se irguió.

—Pero ¿qué has hecho, bruta?

—¿Qué pasa? Si la tía era mala gente... ¿o es que no estaba pensando mal de ti?

—Lo estaba, pero lo que menos quiero es darle la razón.

—No se la has dado, la que ha robado soy yo.

Lore bufó y negó con la cabeza, secándose el sudor de la frente ardiendo. Vislumbró por el rabillo del ojo cómo la chica se acercaba con las manos en

la espalda y retorciendo un pie en el suelo, como si fuese un personaje de televisión. Lorena puso los ojos en blanco y pudo contener la sonrisa divertida que no quería darle por su propia satisfacción.

—Va, Lore, no te enfades por el *ramen* de un euro... que tenía hambre.

—Y por el cepillo de dientes.

—Y por el cepillo de dientes.

—Y por el desodorante, tía guarra.

—¡Oye! Precisamente si me lo he llevado es porque no quiero oler a choto. Seguro que la colega esa no lo echa de menos. O sí, teniendo en cuenta su pestuzo a rancio...

Inevitablemente, se rio, y a ella le siguió Paula, esa vez más animada. Aun así, Lorena no quería que se fuera de rositas tan fácilmente. Se pasó una mano por el afro, peinándose donde se había quedado un poco más lacio por el sudor, y miró a la otra con seriedad, un dedo en los labios y apoyando el codo en el otro brazo.

—Vale, vamos a hacer una cosa a partir de ahora: tú no usas tus poderes a lo loco y yo no te leo la mente cuando me dé la gana.

Paula abrió mucho la boca y se llevó una mano al pecho, ofendida.

—¡Si antes me has dicho que no solías hacerlo!

—Y no suelo, pero estoy dispuesta a hacer una excepción si la vas liando por ahí.

Paula entrecerró los ojos pintados con una sombra de ojos oscura que ya estaba desapareciendo y chasqueó la lengua, agachándose para coger la bolsa con el mismo dramatismo que si estuviera cogiendo un saco de patatas de diez kilos.

—Vale, pero quiero que conste que me parece una invasión a la intimidad.

Lore rio con un resoplido.

—Que sí, lo que tú digas, Paulina.

Le revolvió el pelo —que notó mucho más escaso, no solo por lo corto de que le llegase a la barbilla en comparación a lo largo que lo tenía en el instituto— y esta se separó de ella con una mueca de fastidio, pero notó el fantasma de una sonrisa amenazando con instalarse en su rostro. Quizá era por la complicidad del momento, o porque era la primera vez que escuchaba ese mote después de tantos años.

A Lore se le encogió el corazón con una excitación que hacía mucho que no sentía y apremió a la otra a que siguiese andando para no tener que pensar

más en ello.

## 2012

Educación Física no era su asignatura favorita, pero le gustaba la sensación de despejarse a primera hora de la mañana para activarse y no quedarse dormida en el resto de las clases hasta las dos y media de la tarde. La mayoría de sus compañeros no sentían lo mismo y podía entenderlo. Sobre todo Emma, que no hacía más que bufar y lloriquear por lo bajo mientras hacían los ejercicios de estiramientos por parejas.

—Es que debería estar prohibido por ley hacernos sudar a las ocho de la mañana —dijo sujetándose de nuevo las gafas con una mano y soltando, sin querer, a Lorena, que tiraba hacia ella con el culo en pompa y estuvo a punto de perder el equilibrio.

La chica chasqueó la lengua y miró mal a su amiga.

—Lo que te pasa es que te quedas hasta las tres viendo *Tsubasa* y luego no hay quien te espabile.

—¡Como si tú no lo hicieras!

—Yo me vicio, pero me duermo a unas horas decentes. Ahora agárrame bien, anda, que como me dé tremenda hostia al final tú también te llevas una.

—¡Chicas, menos hablar y más hacer ejercicios! —regañó el profesor, mirándolas con los brazos cruzados.

Emma y Lorena pusieron cara de no haber roto un plato en su vida. Detrás de él, Paula y Marina se tapaban la boca con las manos, muy apuradas. Lore se mordió el labio sintiendo algo de ansiedad por si se estaban riendo de ellas, aunque siempre las veía hablando y riéndose de cualquier cosa; no debería preocuparse. Todo el grupillo de las guapas —la *chupipandi*, como las llamaba Emma— siempre estaban llamando la atención, así que intentó no darle mucha importancia.

Cambiaron de posición y Emma se puso de espaldas. Lore entrelazó sus dedos y tiró de sus brazos mientras ella se echaba hacia delante con un gruñido de esfuerzo antes de reír entre dientes.

—Ten cuidado. No me vayas a dislocar los brazos, Uchiha<sup>1</sup>.

Lore bufó y puso los ojos en blanco, nada sorprendida por la referencia de su amiga, aunque más se lamentaba por haberlo pillado.

—Cállate ya, pedazo de *friki*.

Se asustaron con el eco de unas risas que llenaron el gimnasio y todos se giraron para ver cómo Paula y Marina estaban tiradas en el suelo, una con las piernas encima de la otra en la caída más aparatosa que Lore había visto. Al profesor se le hinchó una vena cuando les gritó, mirándolas a ellas pero señalando a Emma y Lore, lo cual hizo que se tensara.

—¡Mira, estoy harto! A partir de ahora vais a hacer los ejercicios Emma y Marina por un lado y Lorena y Paula por el otro, a ver si así estáis calladitas de una vez. A la próxima, os pongo un cero.

Las chicas se levantaron del suelo murmurando un «perdón» entre risas y Emma miró a su amiga con el mismo dramatismo de quien se va a despedir para siempre de alguien. Mordiéndose los labios con nerviosismo, Lore se apretó la coleta con la que se recogía las rastas y Paula hizo lo mismo con su larga melena, como si la estuviese imitando. Sonrió y Lore intentó corresponderla.

—Venga, al suelo a hacer abdominales —mandó el profesor y todos obedecieron.

—¿Empiezas tú? —preguntó Paula y Lore asintió.

Se tumbó en el suelo, notando la presión de las manos de Paula en sus rodillas desnudas. Quiso decirle que seguramente tenía que agarrarle los pies, pero no lo hizo. Por alguna razón. Cruzó los brazos sobre el pecho y comenzó a hacer el ejercicio, llevando la cuenta mentalmente y mirando hacia abajo para no encontrarse con la mirada de la otra chica. No fue hasta el sexto abdominal cuando escuchó el sonido gutural de Paula, y se dio cuenta de que estaba intentando no reírse mientras miraba hacia otro lado. Avergonzada, Lore se detuvo por un segundo.

—¿Te hago gracia?

—¡No! Lo siento, es que... me da la risa tonta... —dijo antes de interrumpirse a sí misma con otro bufido que le golpeó directamente en la pierna. A Lorena le dio un escalofrío.

—Bueno, mientras no sea de mí.

—Que no, te lo prometo.

Recelosa, Lore siguió hasta llegar a los veinticinco, intentando ignorar lo mucho que estaba sufriendo la otra chica para no reírse. Cuando rotaron, Lorena sí la agarró por los pies.

A Paula le costaba muchísimo hacer tan solo un abdominal, y la cara se le tornó roja a parches y con la frente perlada por el sudor. Bufaba por el

esfuerzo y tenía los ojos cerrados. Lore sonrió, divertida, y cuando la chica los abrió un segundo, se paró con una sonrisa gigantesca y avergonzada.

—¡Jo, no me mires! Qué vergüenza.

—Vale, vale.

Lore fingió agachar la cabeza un segundo antes de alzarla por sorpresa justo cuando la chica juntaba los codos —o lo intentaba— con sus rodillas, abriendo mucho los ojos. Paula se dejó caer hacia atrás, riéndose con un brazo tapándose la cara. A Lore aquello le llegó directamente al estómago, con los bichitos haciéndole cosquillas en las paredes.

Las mariposas.

—En serio, chicas, os estáis jugando la nota —se quejó el profesor una vez más y Paula cogió aire, intentando terminar el ejercicio.

Ninguna de las dos se miraba ya, pero ambas sonreían sin esconderlo, dejando escapar alguna risa esporádica. Era contagioso. Todo lo que tuviese que ver con Paula se le pegaba como los caramelos al paladar, y la sensación era igual de dulce.

—Oye, Lore, ¿te quieres venir a mi casa este viernes? —preguntó por sorpresa, haciendo que la otra pestañeara con incredulidad—. Vamos a hacer una fiesta de pijamas, todas mis amigas se van a traer sacos de dormir, pero tengo sofás y camas de sobra.

Lorena no entendía por qué la invitaba precisamente a ella, e intentó que no se le notase en el rostro lo rápido que le estaba latiendo el corazón en ese momento.

—Te voy diciendo, que no sé qué voy a hacer este finde.

—¡Vale! —respondió Paula con entusiasmo, sentándose con las manos apoyadas en el suelo tras la espalda para mirarla mejor, la cabeza ladeada y una sonrisa de oreja a oreja.

Incluso allí, con los sudores de tantos adolescentes metidos en un gimnasio, a Lorena le seguía llegando el olor de la vainilla.

---

1. Referencia a un personaje de la serie de animación japonesa *Naruto*. En una escena famosa, este le rompe los brazos a un adversario cuando se ve consumido por un gran poder. [\[Volver al texto\]](#)



### 3

## *No sé cuántas cervezas*

Al principio se preocupó por el silencio de Paula, notorio en cuanto dejaba de decir cincuenta palabras por minuto. Hasta que se dio cuenta de que probablemente era porque estaban subiendo las escaleras de su piso a las cuatro y media de la madrugada.

Lore estaba curada de espanto y, acostumbrada como estaba a que a cualquier hora del día hubiese alguien despierto, abrió la puerta de madera —algo maltrecha, de las que había que tirar antes de girar la llave para abrirla— saludando en voz alta. La única que le respondió fue Zoe, la chica australiana que solía traerse al novio día sí, día también, y que estaba con él tirada en el sofá, rodeados de una pequeña neblina con olor a marihuana que había llegado hasta el portal.

—¿Cuántos sois en casa? —preguntó Paula con curiosidad cuando entraron en la cocina y cerró la puerta corredera tras ella.

—Seis.

—Ah, bueno, no sois tantos —respondió, y Lore rio entre dientes porque no sabía si lo estaba diciendo en broma o en serio—, yo he llegado a estar en albergues con veinte personas más en la misma habitación, así que ni tan mal.

Lorena cogió un cazo de acero inoxidable —le tenía que dar las gracias a Inés, la única que aportaba utensilios al piso— y echó agua para hacer el *ramen*. Paula se sentó en el alféizar de la ventana cerrada y la otra se quedó

mirando cómo mecía sus piernas cruzadas hacia delante y hacia atrás, sin tocar el suelo. Aguantó la sonrisa. Le resultaba tierno.

—No estoy del todo mal, mis compañeros son majos y las habitaciones están bastante separadas unas de otras. Pero claro, el piso parece un almacén a medio hacer.

—Ya me he fijado en que en algunas partes os falta goleté y en otras no —  
rio Paula, descansando la cabeza contra el marco de la ventana.

Lore apoyó el culo en la encimera con los brazos cruzados y le dedicó unos ojos entrecerrados y fingido enfado. Vio el paquete de tabaco abandonado sobre el frutero y lo cogió. Su excompañera se inclinó hacia delante abriendo y cerrando las manos como un niño que pide un juguete que le han quitado. Sacó dos, le tendió el mechero y Paula abrió la ventana para ventilar la cocina.

Por alguna razón, esa escena le resultó más un choque de realidad que la forma en la que se habían reencontrado: ellas fumando un cigarro en la cocina de su piso, esperando para cenar juntas, con Paula preguntándole si tenía un pijama para prestarle mientras le salía humo de la boca y la nariz. Lo que habían vivido en el piso de la calle Pez tenía más sentido: Paula arrasando con todo a su paso, poniendo su vida entera patas arriba.

Para cuando el *ramen* terminó de hacerse, Zoe y su novio ya se habían ido a la habitación, pero el olor a porro seguía allí. Lore puso la mesa mientras Paula se daba una ducha rápida —que, según ella, necesitaba con urgencia— y no pudo evitar mirarla de reojo cuando la vio aparecer con una de sus camisetas desteñidas y holgadas que apenas le tapaba las bragas. Apretó los labios. Le era difícil no fijarse en las piernas, en sus muslos. También se dio cuenta de que no solo había cambiado su pelo, sino que estaba más delgada y atisbaba algún arañazo de color rosado en su piel. No sabía si le daban más ganas de dibujarla en un papel o dibujar en ella con los dedos.

Desvió la vista con rapidez y se puso de pie, algo que llamó la atención de Paula, que se había sentado a lo rana en uno de los sofás de un salto.

—¿A dónde vas?

—A ducharme yo también.

—Se te va a enfriar. —Se quejó con un puchero y se cruzó de brazos sobre la mesa, apoyando la mejilla en uno de sus puños y haciendo que su sonrisa socarrona quedase aplastada por un lado—. Si lo llego a saber te hubiera invitado a mi ducha.

Se tensó con una corriente eléctrica que le recorrió el pecho hasta expandirse por la zona más baja del estómago. Volvió a sentirse como una adolescente perdida que no entendía por qué tenía tantas ganas de besar a una chica en los labios, preguntándose si ese impulso era normal. En ese caso, aún incluso habiendo superado las dudas sobre su sexualidad, la regresión hizo que balbuceara, aclarándose la garganta y yendo a su cuarto sin decir nada más. Buscó entre los cajones del armario —que tenía una de las puertas rota, así que la tenía que poner y quitar ella todo el rato— sin recordar qué había ido a hacer allí.

Debería sentirse más segura; ahora estaba más experimentada, era menos torpe y tenía más temas de conversación que las últimas series de animación japonesa que se había descargado. Claro, la teoría se la sabía, pero en la práctica Paula seguía siendo su *crush* del instituto. Era obvio que Lorena seguía sintiendo lo mismo por ella que hacía siete años, como también lo era que la otra chica seguía flirteando —de forma menos ambigua— como lo hacía antes.

La ducha la despejó un poco, pero aún no tenía muy claro si debía seguirle el juego. Cuando salió del baño, vio que Paula la había esperado para cenar, pero que había traído dos latas de cerveza y la suya ya estaba abierta. Sonrió como lo haría un gato que acababa de atrapar a un ratón, cogiendo un tenedor y dándole vueltas en la mano mientras Lorena se sentaba a su lado.

—¿No te has quedado súper a gusto? Las mejores duchas son las que se dan por la noche, a mí me da la impresión de quitarme literalmente toda la mierda que he pasado por el día.

Lore caviló un poco antes de responder, tan paranoica que intentó buscarle el doble sentido a la frase. Cuando no lo vio, relajó los hombros.

—Ya, yo lo prefiero por eso y porque no me gusta meterme en la cama si no estoy limpia.

—Esa es otra cosa que me encanta. Suelo dormir desnuda y el tacto de las sábanas limpias con la piel cuando estás recién duchada es como acostarse en una nubecita.

Lore arqueó una ceja con una expresión divertida. Paula enrollaba unos fideos sin mirarla.

—No pierdes oportunidad, ¿eh? —preguntó entre picada y nerviosa. La otra pestañeó con un moflete lleno de comida.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabrás por qué has querido mencionarme que duermes desnuda.

Paula tardó unos segundos en sonreír de lado, con los labios apretados y la nariz arrugada.

—¿No será que tú quieres pensar que te lo he dicho por alguna razón y no porque haya sido un comentario inocente?

—Nada en ti es inocente, Paulina.

—En eso tienes razón —dijo con solemnidad, levantando la lata de cerveza con la cabeza gacha.

Lorena se lo tomó como una señal y abrió la suya para brindar con ella, empezando a tomar la cena fría y su cerveza caliente.

—¿Y qué fue de Emma?

Sonrió con la cabeza apoyada en el sofá y la tercera lata en la rodilla. Emma. Guardaba muy buenos recuerdos de ella.

—Lo último que sé es que estudió Diseño Gráfico. Solo la he visto una vez desde que vine a Madrid, ni idea de dónde estará ahora. —Suspiró y cerró los ojos—. Espero que le esté yendo bien.

—Seguro que sí, tenía pinta de ser una tía lista y graciosa.

Abrió los ojos y frunció el ceño. No tenía ni idea de que Paula pensara tan bien de Emma, ni siquiera de que guardase una sola impresión sobre ella. En el instituto no le hacía mucho caso a la gente que saliese de su círculo social. Aunque, contra todo pronóstico, se había interesado en ella.

—¿Tú has vuelto a ver a...? —Entrecerró los ojos. Le costaba recordar el nombre de la mejor amiga de Paula; había tenido muchas y se peleaba con otras tantas, era difícil pillarle el ritmo—. ¿María puede ser?

La chica le dio un largo trago a su cerveza con expresión confusa y relajó el semblante cuando dejó la lata sobre la mesa.

—¿Marina dices?

—Sí, esa.

—No desde que me fui a Salamanca. No he vuelto a hablar con ninguna de las del instituto.

Lorena pestañeó, sorprendida.

—¿Y eso?

La chica solo se encogió de hombros, despreocupada.

—No sé, perdimos el contacto y ya. Algunas veces hablábamos por el grupo, pero sospecho que hicieron otro en el que no estaba yo porque en ese

solo había silencio. De todos modos ya me lo esperaba, sé que me odiaban.

Le costaba imaginarse una situación así. Paula había sido muy querida en el instituto. Los profesores le llamaban la atención por hablar demasiado, pero también sonreían y negaban con la cabeza mientras lo hacían. Siempre estaba haciendo fiestas en su casa y hablando con cualquier persona de la clase, y se imaginaba que todas las discusiones que tenían eran por dramas tontos de los que Emma y ella se burlaban en su momento.

La miró de reojo, buscando algún indicio de pena o melancolía en su mirada, pero Paula se levantó chocando las latas vacías para ir a por otras dos más con la misma energía que si estuviesen haciendo una pequeña fiesta para ellas solas. Cuando volvió, le plantó la cerveza junto a la que aún no se había terminado y se tumbó en el sofá cabeza abajo, con las piernas cruzadas y apoyadas en el respaldo. Sonreía de lado mientras abría su lata y Lore no podía dejar de fijarse en sus labios, su nariz pecosa, la raya del ojo corrida que le acentuaba el color verde, la piel que vislumbraba con la camiseta que se le había subido en esa posición, sus piernas esbeltas. Toda ella.

—Oye, aún no sé por qué estabas tú en la casa del Juanfran.

Se bebió la poca cerveza caliente que le quedaba de la anterior lata y cerró los ojos antes de responder. Se masajeó el puente de la nariz. ¿No se lo había dicho antes? Ya ni se acordaba. No supo si el mareo momentáneo era por la pérdida del dinero o porque le estaba empezando a subir el alcohol. Suspiró dejando caer la mano y volvió a mirarla con la cabeza echada hacia atrás.

—Ir a por el dinero que me debe. Bueno, debía, porque no creo que con la casa destrozada me vaya a pagar ya nada.

—¿Cómo que te debe dinero? —Arrugó la nariz, más intrigada que prejuiciosa—. ¿Eras uno de sus camellos?

Asintió con la cabeza. Debería estar enfadada con Paula por quitarle la única forma que tenía de ganarse el pan, pero no encontraba las fuerzas para hacerlo. O las ganas. La verdad era que todo lo demás —lo mucho que quería hablar con ella, de saber de su vida, estar en compañía— opacó cualquier rencor que le pudiese guardar, pero sí que le preocupaba no recuperar lo que le pertenecía. Se mordió el interior de la mejilla y Paula se acercó arrastrándose por el sofá como un caracol, acurrucándose en el extremo cerca de Lorena y abrazándose a un cojín. Apoyó la mejilla en él y

se la quedó mirando. Lore frunció el ceño, a punto de reírse entre dientes y preguntarle qué le pasaba antes de que ella hablase.

—¿Cuánto te debía?

La chica se humedeció los labios y cogió aire.

—Unos mil cuatrocientos euros.

—Hostia —espetó con los ojos muy abiertos y Lore bufó, divertida por la espontaneidad de su sorpresa. Paula chasqueó la lengua—. Es que menudo hijo de puta, encima de infiel pone a otra gente a hacer su trabajo sucio y no les paga.

—Ya —respondió con sequedad, porque, aunque no le tuviese inquina, tampoco tenía ganas de darle vueltas junto a ella.

Con lo fácil que hubiese sido sacarle el lugar en el que guardaba el dinero si hubiera leído el pensamiento adecuado... o si le hiciese pensar sobre los datos de su cuenta bancaria —si es que tenía una—.

Paula se incorporó de golpe, sentándose en el sofá y sobresaltando a Lore, ensimismada como lo estaba en sus pensamientos.

—Tía, a mí me tienen que dar mogollón de pasta en Barcelona, pero no tenía para pagarme el viaje. Se lo iba a pedir a Juanfran, pero claro...

La otra chica la miró con las cejas alzadas, comprendiendo a medias lo que quería decir pero queriendo que lo dijese ella.

—¿Y eso qué significa?

—Que podemos ir juntas y así te doy el dinero que te debe.

—¿Tanto tienen que darte?

Paula se quedó observando el techo, pensativa y pasándose la lengua por los dientes.

—Sé que, por lo menos, me tienen que dar cinco mil, así que tengo para darte y me sobra.

Silbó de la impresión, lo que hizo que Paula agachara la cabeza y sonriese, como si estuviera todo hecho. Aun así, Lore la miró de arriba abajo, recelosa. Sabía que no debía preguntar por la procedencia de la deuda; código de discreción, habían sido muchos años viviendo de negocios en la calle. Por supuesto, tenía sus razones para desconfiar.

—O sea, que tendría que costear yo el viaje.

—Sí, pero te prometo que te pagaré todo lo que haga falta.

Apretó los labios, observando con incredulidad cómo la otra juntaba las manos y mostraba un rostro de ojos enormes de cervatillo, muy pura e

indefensa, aunque Lore sabía que todo era falso. Puso los ojos en blanco.

—No sé yo...

—Venga, no vas a encontrar una oportunidad mejor que esta. ¿Es que no te quieres venir conmigo a Barcelona?

Sí que quería, era la única ventaja que le veía al plan. Por lo demás, se fiaba poco. No dijo nada, torciendo la boca, y Paula se puso delante de ella para ocupar todo su campo de visión, emocionada.

—Seremos como dos superheroínas surcando toda España... Podemos tener un mote chulo, como Chocolate con Leche.

Lore ni se esforzó en esconder su disgusto y frunció el ceño.

—Ni de coña.

—Vale, pues... —Se mordió el labio, pensativa, y en cuestión de segundos le dio un golpe en el brazo con entusiasmo—. ¡Ya está! Podemos ser Las Renegadas.

La morena bufó y negó con la cabeza.

—Más que superheroínas parecemos fugitivas.

—Pues mira, mejor aún.

Lorena rio y Paula le acercó un puño con el meñique estirado, ladeando la cabeza.

—Te prometo que valdrá la pena.

Chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír. Como si le costase, alzó la mano y enredó su meñique con el de la otra, dando un pequeño apretón.

—Espero no tener que arrepentirme de esto.

Paula se rio echando la cabeza hacia atrás y Lore supo que la calidez que notaba en el pecho no era por las cervezas.

No se soltaron en un buen rato.

Llevaban no sé cuántas cervezas entre las que Paula había robado y las que ya tenía en casa. Había perdido la cuenta y ya se reía por cualquier comentario tonto que la otra dijese sobre Don Ignacio, el profesor de inglés que se limpiaba las orejas con las patillas de las gafas y luego se las metía en la boca, o sobre Edu, el pajillero de clase que se reía como si fuese un loro. Lore soltó un suspiro con las mejillas ardiendo, apoyó la cabeza, que sentía muy pesada, en una mano y cerró los ojos unos segundos, relajada y

cansada. No faltaría mucho para que amaneciese. La risa de Paula, como una burbuja explotando, la despertó de golpe.

—¿Y te acuerdas de todas las veces que te pedía que me dibujaras? Me acercaba a tu mesa a darte el coñazo casi todos los días. —Resopló y dejó caer las manos en su estómago, tumbada en el sofá y mirando el techo con una sonrisa suave y las mejillas sonrojadas—. Menuda ridícula era.

—Sí que me acuerdo —murmuró con un deje melancólico, no solo por el recuerdo, sino por todas esas veces que dibujó en el instituto y en la habitación que compartía con sus hermanos. Algo que ya no hacía más.

—Lo hacías muy bien, ¿has seguido dibujando?

—No mucho.

—Pues me quedé con las ganas de que me dibujaras, ¿eh?

Paula se giró hacia ella con una medio sonrisa que Lorena no identificó al principio, borrosa y lejana. Sabía que esa frase guardaba otras intenciones, pero tragó saliva para no sentir la boca tan pastosa antes de decir:

—En realidad sí que lo hice. Muchas veces, además.

—¿En serio? —Se incorporó con torpeza, apoyándose sobre un codo y con el pelo lacio tapándole un ojo—. No me digas eso, que me da pena no haberlos visto.

—Aún tengo ese cuaderno de dibujo. Nunca lo llegué a terminar —dijo antes de que pudiera siquiera pensar la respuesta.

Paula se echó el pelo hacia atrás y abrió mucho los ojos con una mano en la mejilla, la boca desencajada por la sorpresa. Lore se dio cuenta de la implicación de esa frase demasiado tarde, pues la chica ya se había sentado del todo, agarrando el borde de la mesa con emoción y mirándola muy cerca.

—¡No jodas! ¿Lo tienes aquí?

—Claro. En mi cuarto. —Apretó los labios. ¿Por qué no se callaba?

—¿Me los enseñas? —preguntó, poniéndose de pie y dando por hecho una respuesta afirmativa que aún no había recibido.

Pero, por supuesto, Lore también se levantó —a duras penas— y caminó hasta su habitación casi al otro lado de la casa, seguida de una risueña Paula cuyos pasos descalzos parecían los de un perrito pequeño que supiese que iba a salir a pasear.

Le daba un poco de apuro que entrase en su cuarto. Sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo, pero quería pensar que ese momento se podía retrasar todo lo posible. Apenas cabía la cama de noventa centímetros de

ancho, el armario roto y un escritorio con una silla que casi no se veía de toda la ropa que había colocado encima. Paula se sentó en la cama de un salto y Lore se aclaró la garganta, bajando la puerta rota del armario al suelo e intentando no verse más perjudicada de lo que estaba, aunque escuchó una risita cuando no fue capaz de abrir el cajón a la primera. Dentro tenía varios mecheros, unas cintas para el pelo que no usaba desde hacía meses y varios libros y cuadernos. Vio el que le interesaba y tiró de sus anillas, tragando saliva. Algunas hojas se habían puesto más amarillentas y se arrugaban en los bordes. Se sentó junto a Paula, cogió aire y se lo dejó sobre las rodillas.

—¿Puedo cotillear lo que quiera? —preguntó genuinamente impresionada, y Lore asintió con la cabeza, creyendo que sería obvio.

Abrió el cuaderno y le dedicó unos segundos a cada página con la sonrisa creciéndole en el rostro. Una media luna espolvoreada con azúcar y miel. Lore se frotó el brazo, nerviosa. Había muchos borrones, rostros de personajes de anime y caricaturas de animales. Vio el dibujo de Emma limpiándose las gafas en la camiseta mientras se mordía la lengua, algún compañero metiéndose el dedo en la nariz, Don Ignacio escupiendo mientras hablaba.

Pero lo que más había era dibujos de una chica sonriente, de pelo largo y ondulado y ojos muy expresivos. Colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja, riéndose con la cabeza echada hacia atrás, arrugando la nariz como un roedor. Miró de reojo a la chica y, solo entonces, cuando su sonrisa se suavizó y las mejillas se comieron sus ojos, se dio cuenta de que poco a poco estaba entendiendo que era ella. La mirada se le empañaba con cada parpadeo y el labio le tembló al hablar.

—Son muy bonitos —susurró con la voz rota.

Se quedó acariciando una de las últimas páginas, distraída, y Lore observó el perfil de la chica. Quiso *leerla*, saber lo que estaba pensando en esos momentos. Le había prometido no hacerlo, pero resultaba demasiado tentador. Le hizo pensar en la Paula de diecisiete años que ella recordaba, la de pelo largo y la que siempre iba a clase maquillada. La indescifrable. Si hubiese podido leer mentes en aquella época, ¿qué habría visto en la suya?

No le dio tiempo a darle más vueltas antes de que Paula apoyase la mejilla en su hombro y una de las manos en su muslo, moviendo el pulgar. Lorena se tensó, aguantando la respiración unos segundos.

—Tendría que haberte besado la noche de nuestra graduación.

Se le olvidó cómo respirar cuando Paula habló con la voz muy bajita. Cuando se giró, todo lo que vio fue verde.

El beso llegó al mismo tiempo para ambas, inclinándose y juntando los labios con torpeza. Paula rio antes de acomodarse y abrir la boca. Las mariposas no tardaron en aletear en la parte más baja del estómago y le acarició el cuello a su antigua compañera, haciendo que ladease más la cabeza.

No quedaba nada de la vainilla del instituto, tan solo cerveza, cigarros y picante. Un suspiro que moría en su mejilla y le hacía estremecerse. La mano que le apretaba con suavidad el muslo, haciéndole cosquillas en una zona que le hizo estremecerse.

Notaba la cabeza pesada y el cuerpo ligero, como si estuviese viviendo ese momento a través de tres cristales translúcidos. No era capaz de sentirse del todo presente y, por un segundo, llegó a pensar que no estaba sucediendo. Y se detuvo.

Tenía demasiadas cervezas en el cuerpo.

—¿Pasa algo? —preguntó Paula casi sin voz, quitando la mano del muslo. Lorena notó el cambio de temperatura al instante.

—Es tarde y estoy muy pedo —dijo del tirón y rio entre dientes, más por los nervios que porque tuviese ganas de hacerlo—. Deberíamos irnos a dormir... y seguir en otro momento.

—Tienes razón —contestó la chica, pero no parecía su voz.

Sin embargo, Lorena no se quedó para preguntarle o comprobar si había sido solo una impresión suya. Con toda la dignidad que pudo, se puso de pie y caminó hasta el cuarto de baño, echando el pestillo. Se dejó caer de rodillas frente al lavabo y vomitó la cena que aún no había digerido bien.

Se pasó una mano por la frente sudorosa, resoplando. Esperó unos minutos, notando el frío del suelo en las piernas. La calmaba y la mantenía en la realidad. Luego se levantó para poner los labios bajo el grifo del lavabo, bebiendo sin parar. Se lavó los dientes y se humedeció la cara. Tenía un aspecto horrible, el pelo más voluminoso que de costumbre.

Aun así, sonrió. Había besado a Paula, aunque le costaba asimilarlo.

Cuando volvió a la habitación, la chica se había tumbado de lado en la cama, dándole la espalda y con la cara pegada a la pared. Se había echado las sábanas por encima, pero no había apagado la luz. El cuaderno descansaba, cerrado, en un hueco libre del escritorio. Lorena quiso decirle

algo, pero vio cómo el bulto subía y bajaba con lentitud, así que supuso que se habría quedado dormida. Al fin y al cabo, ya ni siquiera sabía si era tarde o temprano.

Lore apagó la luz, se dejó caer a su lado, se tapó hasta el cuello y cerró los ojos, cansada y con la sensación de haberse tumbado en la proa de un barco.

Cuando despertó, entraba muy poca luz por la ventana. Estaba muy mareada y se preguntaba cuánto habría dormido para que aún no fuese de día.

Parpadeó varias veces. No sentía calor a su lado. Se levantó para ir al servicio pero, cuando llegó a la puerta, escuchó sollozos. Se quedó parada, sin atreverse siquiera a respirar por si Paula la escuchaba.

Podría leerle el pensamiento, pero estaba demasiado borracha y cansada para hacerlo. Además, sintió que estaba traicionando a su confianza, que estaba asistiendo a algo demasiado privado como para meterse en ello.

Tambaleándose, Lore volvió a la cama y fingió no haberse despertado.

## 2012

En cuanto puso un pie dentro de esa enorme casa en Malagueta-Limonar, Lore se sintió fuera de lugar, pero la sensación de ser un alienígena en un planeta desconocido no le llegó hasta que vio que ninguna de las otras compañeras que habían ido eran chicas con las que hubiera cruzado más de dos frases seguidas.

Ella fue con ropa de chándal. Al fin y al cabo, era una fiesta de pijamas, y aunque las demás no fuesen excesivamente arregladas, por lo menos se habían maquillado para la ocasión. Saludó con besos en la mejilla —más bien golpes de pómulo— a cada una de ellas, que se saludaban de forma demasiado efusiva a la vez. «¿Qué tal, tía? No sabía que ibas a venir al final». Le hubiese gustado saber si el hecho de que se lo dijeran era por simple sorpresa o porque esperaban que no se presentase. La incertidumbre la mantenía moviendo la pierna con inquietud, sentada en uno de los sofás mientras las demás ponían música y se pasaban cervezas frías. Paula le tendió una lata y sonrió, sentándose a su lado. Lore se tensó, y aunque el acercamiento le ponía nerviosa, también tenía un efecto contradictorio y relajante para ella. Dos galaxias encontrándose en el mismo universo.

No le gustaba mucho la cerveza. La aguantaba porque era la única bebida alcohólica que podía beber con Emma a escondidas sin que fuese muy cara o sus padres pudieran pillarlas demasiado pedo. Aun así, le dio un largo trago, conteniendo la mueca de disgusto ante la amargura del sabor. Las demás bebían con la misma facilidad que si fuese zumo de naranja.

Las conversaciones se solapaban unas con otras en un diálogo demasiado hiperactivo como para que Lorena pudiese seguirles el ritmo. Reían con bromas internas y repetían comentarios que se habían hecho en clase y de los que ella no había sido partícipe. De vez en cuando, sonreía o forzaba una risa para que ninguna de las ocho chicas con las que estaba se fijase en ella por estar demasiado callada, aunque se moría de ganas de coger el móvil y hablar con Emma. No podía, Paula estaba demasiado cerca de ella. No quería que leyese la conversación por encima del hombro y no quisiera invitarla de nuevo a una de sus fiestas.

Apretó los labios. Debía estar realmente desesperada si estaba dispuesta a volver a una quedada como esa solo por verla a ella.

—Tía, ¿no podemos coger algo del mueble bar de tu padre? —preguntó Marina alzando las cejas una vez con un deje malicioso.

Las demás la apoyaron con vítores. Paula rio y negó con la cabeza.

—Ni en broma, se va a dar cuenta.

—Pero si tu padre tiene cinco mil botellas, seguro que no se entera de que le falta una.

Paula apoyó un dedo sobre sus labios, lanzándole una mirada de advertencia.

—Como se cosque le pienso decir que has sido tú.

—Trato hecho. —No terminó de responder antes de ponerse de pie y dirigirse hacia un mueble cuya puerta se abría hacia arriba.

Lorena inclinó el cuerpo hacia un lado para ver el interior. Marina chasqueó la lengua y movió la mano como un gancho de feria, ponderando qué botella coger. Ninguna de las bebidas le sonaba, ni se parecían a las botellas de marca blanca que su madre y su padrastro tenían guardadas en los estantes más altos para celebrar ocasiones especiales. Al final, cogió lo que supuso que era una botella de ron y Paula sacó vasos de chupito. Lore rechazó el suyo con una sonrisa incómoda y un movimiento con la mano. Aprovechó para preguntarle.

—¿Se puede fumar en algún lado?

La otra chica asintió y luego le señaló con la cabeza las puertas de cristal al otro lado del salón.

—En la mesa del jardín tienes un cenicero.

Nunca se había sentido tan contenta de pasar frío. Se encendió el cigarrillo y se frotó los brazos a través de la sudadera para calentarse. La luz del salón iluminaba el jardincito con barbacoa que tenía una cantidad indecente de sitio vacío, solo hierba e inmensidad. Quizá eran una de esas familias que ponía piscinas desmontables en verano.

Las puertas de cristal amortiguaban las risas de las chicas. La separaban de ese pequeño ecosistema que se había formado y en el que no era capaz de integrarse. Aprovechó para mirar el móvil y, por supuesto, tenía mensajes de Emma preguntándole qué tal estaba en el nido de las víboras. Rio entre dientes.

Se asustó cuando el sonido del interior se intensificó y, al levantar la cabeza, vio a Paula en el jardín, cerrando la puerta tras ella y mirándola con una sonrisa de disculpa. Se metió el móvil en el bolsillo con rapidez y esperó a que la chica se acercase a ella antes de decirle nada.

—¿Te sobra uno? —preguntó y Lorena asintió con la cabeza, tendiéndole el paquete de tabaco.

No sabía que Paula fumaba y eso, de algún modo, la puso nerviosa. Por eso no le dio el mechero, sino que se inclinó para encendérselo ella misma con el suyo. La chica se quedó mirándola con los enormes ojos verdes de pestañas infinitas y densas por el rímel, divertida y con una sonrisa de medio lado. Casi como si supiese lo que estaba pensando.

Cuando Lorena tragó saliva, se dio cuenta de que llevaba más de diez segundos sin coger aire.

—¿Te estás aburriendo mucho? —preguntó Paula sin reproche, sonriendo con los labios apretados y apoyándose en la mesa de madera.

Como ella había sido directa, a Lorena no le quedó otra que ser sincera. Suspiró por la nariz y cambió la pierna de peso, camuflando su incomodidad en una mueca que, esperaba, fuese amigable.

—No exactamente... es que no estoy acostumbrada a quedar con tanta gente, y vosotras os conocéis de antes, así que se me hace un poco marciano intentar meterme en vuestras conversaciones.

—Ya, lo entiendo —respondió la otra chica mordiéndose el interior de la mejilla y con la vista clavada en el final infinito del jardín.

Lo que sí le parecía marciano era que Paula la hubiese invitado y que ella hubiera aceptado, pero allí estaban, compartiendo cigarrillos mientras las demás se pasaban la botella a través del cristal. Algunas se echaban otro chupito, otras bebían directamente de ella.

Miró a la chica de reojo, dándole otra calada a su cigarro. Llevaba el pelo recogido en una coleta altísima que hacía que las ondulaciones le cayesen por los hombros, envolviéndola como un velo. Le quedaba muy bien. Una vez vio a Marina y Paula discutiendo a gritos en el recreo porque pensaban que una le había robado ese *look* a la otra. No sabía qué pasó al final, pero tenía claro que, para ella, la coleta alta le quedaba mucho mejor a Paula. Claro que Lorena pensaba que le quedaba bien cualquier cosa.

—Son muy majas —añadió girándose de forma tan abrupta hacia ella que se sobresaltó—, lo que pasa es que hay que conocerlas. Bueno, son majas a

ratos, pero seguro que te caerán bien.

—Habrá que ver si les caigo yo bien a ellas —bromeó ladeando la sonrisa y procurando que no se le escapara un deje de amargura.

—Te digo yo que sí —contestó Paula, asintiendo con la cabeza—. De todos modos, ya estoy contenta con que hayas venido tú. A la próxima invito a menos gente.

Lorena dudó de que hubiese una próxima, pero no comentó nada. El deseo de soltarle un «a la próxima puedes invitarme a mí sola, si quieres» fue bastante fuerte, pero la sensatez ganó al impulso.

Hacía tiempo que lo había asumido: a Lorena le gustaban las chicas. *Solo* las chicas. Concretamente, Paula, pero ella solo estaba siendo simpática. Una de esas chicas populares que querían agradar a todo el mundo. No tenía nada en su contra, pero se sentía confusa y, en ocasiones, decepcionada. Se convencía de que se le pasaría el flechazo en unos meses, y si no, de todos modos, después de ese último curso de bachillerato seguramente no volviese a verla. No era para tanto.

Aun así, no pudo evitar hacerle una pregunta autoindulgente con timidez.

—¿Por qué tenías ganas de que viniera?

Paula se encogió de hombros con una sonrisa de oreja a oreja y se temió que esa fuese a ser toda la respuesta que recibiese. Dio una calada y Lorena bajó los hombros. Al menos lo había intentado. Pasaron unos segundos entre el humo del tabaco que exhalaban las dos a la vez antes de que Paula hablase.

—Me caes muy bien y me pareces guay, hacía tiempo que tenía ganas de hablar contigo.

Lorena sonrió sin mirarla, avergonzada.

—¿De verdad? Siempre pensé que pasaba bastante desapercibida.

—No sé cómo será para los demás, pero yo me llevo fijando en ti desde hace mucho.

Terminó el pitillo y lo apretó contra el cenicero, con una sonrisa enigmática y el humo escapando por la nariz. No miró a Lorena mientras se metió para adentro con la excusa de que estaba cogiendo frío, y eso la desconcertó aún más, porque no supo si esa había sido una frase inocente o cargada de intenciones. Con lo amigable que era Paula, no tenía por qué significar nada.

Aunque prefería pensar que sí.

Lo intentó. Incluso bebió uno de los chupitos que hicieron que le ardiese el esófago y la boca del estómago, aguantándose los gases. Rio cuando decían alguna broma e intentaba elaborar sus respuestas cuando se dirigían a ella, pero le resultaba bastante complicado no desconectar enseguida. Estaba claro que ese no era su sitio, y cuando decidieron jugar a «verdad o reto» el pensamiento se intensificó: ¿habría algún autobús nocturno que llegase a esas horas a Malagueta-Limonar y que pudiera dejarla cerca de su casa?

—Venga, Pau. ¿Verdad o reto? —preguntó Marina con una sonrisa perversa que combinaba con la de su amiga.

Esta bufó y puso los ojos en blanco.

—Paso de volver a tener que llamar a alguien para decirle alguna mierda, así que verdad.

Todas —excepto, claro, Lorena— vitorearon buscando una mirada cómplice en la chica que tuvieran más cerca. Aquella vez no tuvo que esperar demasiado para conocer la broma interna. Marina se acercó a su amiga con los ojos entrecerrados y ensanchando la sonrisa de hiena que adornaba su rostro sonrojado por el alcohol.

—¿Es verdad que te gusta alguien?

—¡Por fin! —exclamó Esther alzando las manos y la mirada con frustración.

Paula solo negó con la cabeza y se tapó la cara con una mano, riéndose. El corazón de Lorena iba a toda pastilla y bebió un sorbo de su refresco por mantenerse ocupada en otra cosa, que no se notara que se había quedado mirando demasiado tiempo.

—Esa pregunta es como muy de la SuperPop, ¿no? —bromeó Paula, cruzándose de brazos y subiendo las piernas al sofá.

Lore no tenía claro si le avergonzaba tanta atención o le encantaba. Por su posición, parecía que quisiera protegerse, pero su rostro de sonrisa radiante daba a entender que lo estaba disfrutando bastante. Marina alzó las cejas y levantó un dedo amenazante.

—No intentes cambiar de tema, ahora tienes que responder.

—Pues sí. Claro. ¿Contenta?

Volvió a beber, aunque esa vez le costó más que algo le pasara por la garganta.

—Lo sabía. Es Álvaro, ¿a que sí? —preguntó Lidia arrastrándose hasta el sofá, con los brazos encima de los cojines y la espalda muy recta, como un loro apoyado en su columpio.

—He oído que su hermano mayor tiene el poder de hacer vibrar todo su cuerpo. A lo mejor Álvaro lo ha heredado...

—Eso ya son dos preguntas, lista —interrumpió Paula, ignorando a Marina y haciendo un aspaviento. Esther chasqueó la lengua.

—Es que has hecho mal la pregunta, Marina, tendría que haber sido «¿quién te gusta?»

—A ver, es que a mí el *quién* me parecía obvio, solo quería que lo dijera ella misma. —Marina se encogió de hombros y a Lore le pareció que su mirada cayó sobre ella un segundo más de lo normal—. Es Pablo, que por algo se lio con él hace una semana.

—¡Anda, claro! —Lidia se tapó la boca con ambas manos, abriendo mucho los ojos con una risa que quedó ahogada.

Lorena parpadeó un par de veces antes de clavar los ojos en un bordado roto de la alfombra del salón. Escuchó cómo Paula chasqueó la lengua y pareció irritada cuando habló.

—Tía, eso era un secreto.

—Pero ¿qué más da? Si prácticamente lo sabíamos todas.

—Pues es verdad, habéis estado muy pegaditos últimamente —contribuyó Esther apoyando la mejilla en el puño cerrado—. Lo que nos ha costado sumar dos más dos.

Paula resopló y Lorena volvió a mirarlas para conectar un poco con lo que estaba pasando delante de ella, intentando no sentirse demasiado ridícula.

—Es que tampoco me gusta tanto, no os flipéis.

—¡Huy, que no! —rio Marina con desdén, mirando a las demás—. No nos provoques, que al final nos vas a obligar a hacer de musas.

—No, por favor —espetó Paula más divertida que irritada, y Lorena se preguntó qué otra broma interna se estaría perdiendo.

No esperó demasiado para saberlo, Marina y las demás se mecieron de un lado a otro cantando algo que le sonaba bastante de una película que solía ver de pequeña. «*¿A quién crees que engañas? Él es tierra y paraíso. No uses artimañas, nena, solo es un aviso. No te hagas la fría, claro como el*

*día vemos tu interior»<sup>2</sup>*. Se reían entre frase y frase y Paula se tapó la cara con ambas manos, negando con la cabeza y diciendo algo ininteligible con la voz demasiado aguda. Lorena sonrió, intentando unirse al entusiasmo colectivo del que no era muy partícipe y que duró un par de minutos más.

Marina se quedó mirándola con la cabeza ladeada en un gesto indescifrable y Lorena tragó saliva.

—Tú aún no has jugado, ¿no? —dijo haciendo que todas las cabezas se giraran hacia ella. Se sintió muy pequeña—. Venga, Lore, ¿verdad o reto?

Se rascó la nuca con una risa nerviosa.

—*Nah*, yo no juego.

—¿Cómo que no? Estás con las demás y te estás enterando de las respuestas de todas, no es justo que no participes. —Arqueó las cejas. Lore empezó a dudar de que su tono estuviese siendo amistoso—. Que si no, no pasa nada, te vas a dormir y ya.

El corazón se le bajó a los pies. Paula le lanzó una mirada envenenada a su amiga, pero esta ni se inmutó. Decidió tomárselo a cachondeo y reírse como si estuviese participando en otra de las bromas.

—No, si tienes razón —contestó, sopesándolo por un segundo. No quería ser una patética delante de todas sus compañeras haciendo un reto absurdo y no había nada interesante que sonsacarle, así que...—. Verdad.

Marina se echó hacia delante con un codo apoyado en la rodilla, como un depredador a punto de lanzarse hacia su presa, y Lore se echó hacia atrás de forma instintiva.

—¿Emma y tú sois novias?

La sangre se le congeló. Hubo un silencio ominoso que se le hizo más insoportable que una canción desagradable a todo volumen. Lo rompió Paula con un suspiro profundo.

—Tía, eso no se pregunta.

—¿Por qué no? ¿Qué problema hay con saber si les va ese rollo? —añadió Marina encogiéndose de hombros y mirando a su amiga, como si la aludida no estuviese presente.

Pero sí que lo estaba, por desgracia. Y si no hubiese tantos pares de ojos mirándola con fijeza, curiosidad, expectación, quizá no hubiera sido tan aterrador. Ese interés casi palpable que le daba a entender que alguna lo había pensado más de una vez y que se morían de ganas por confirmarlo.

Lorena rio con el ceño fruncido, notando el calor adueñándose de cada centímetro de su cuerpo.

—No, no estamos saliendo —contestó. Seguían mirándola. Tragó saliva. No parecía suficiente, así que siguió hablando—. Ni siquiera me gustan las chicas, ninguna de las dos es lesbiana. O bisexual. Solo somos amigas.

—Que tampoco pasa nada, ¿eh? —dijo Marina alzando las manos—. No nos íbamos a reír de ti.

Supo que era una verdad a medias. No se iban a reír, porque no era gracioso, pero si fuese verdad, lo comentarían. Lo convertirían en la comidilla del instituto. Notó el sudor formándose en la nuca, debajo del pelo. ¿Paula también lo habría pensado alguna vez? ¿Por eso la había invitado a la fiesta?

Notó un fuerte nudo en la garganta, apretándola. Quiso llorar, pero sería sospechoso si se levantase para ir al servicio. Paula fue la que volvió a hablar, empujando a su amiga.

—No seas cotilla, anda. Te ha dicho que no, pues es que no. —Se levantó y se estiró como los gatos—. Oye, esto es un coñazo. ¿Hago palomitas y vemos algo?

Enseguida todas cambiaron de tema, animadas por la idea y comentando que había un canal de YouTube que podían ver. Notaba alguna que otra mirada furtiva, pero ya no sabía si era real o solo paranoia. Siguió a Paula con la mirada, se aclaró la garganta y, después de unos segundos, la siguió hasta la cocina.

Metía una bolsa de cartón en el microondas mientras tarareaba lo mismo que sus amigas habían cantado unos minutos antes. Se giró con una mano en el pecho cuando Lorena se acercó a ella, golpeándole con el pelo en la cara. Paula se rio como una campanilla.

—¡Ay, perdona! Qué susto me has dado.

A Lorena le hubiese gustado tener ánimos para bromear, pero solo curvó las comisuras de los labios y se frotó el brazo.

—Oye, me duele un poco la cabeza. ¿Te importa si me voy a dormir antes?

Paula arrugó la nariz y se giró hacia ella del todo. Ambas sabían lo que la otra pensaba: que la mentira era evidente, pero la chica no dijo nada sobre ello. Lore intentó sonreír un poco más para que no se preocupara.

—Lo siento. Marina no tiene ningún filtro... bueno, como yo, en verdad —dijo Paula con una mueca.

Lore negó con la cabeza.

—Si no pasa nada, pero es que somos muchas, mucho ruido... Siento no estar más animada.

—Y yo siento que haya salido así —murmuró. Lore asintió con la cabeza una sola vez. La creía, pero quería terminar esa noche lo antes posible. Paula señaló detrás de ella—. Arriba, la segunda a la derecha. Es la habitación de invitados, puedes dormir allí. Le diré a estas que no te molesten.

—Gracias.

Se quedaron unos segundos allí, sin decir nada. Una delante de la otra, con las palomitas explotando una a una y el olor a sal y mantequilla inundando la cocina. Quería decir algo que salvase la situación, pero no se le ocurría nada. Solo quería estar lejos, muy lejos de allí.

¿A quién se creía que engañaba? Paula y ella eran distintas en cualquier sentido. Familia, amigos, personalidades. Orientación sexual. Se había dejado llevar por la emoción de pasar una noche con Paula, pero no había caído en que la chica dentro de su cabeza era muy distinta a cómo era en realidad.

No se había portado mal con ella en ningún momento, pero su compañía iba a seguir siendo la misma. Su forma de ser iba a ser igual de impenetrable. La fantasía iba a seguir siendo solo eso, una fantasía. No iba a quedar a solas con la chica que le gustaba, iba a ser una compañera con la que se quería juntar porque le daba curiosidad. Una amistad más en su extenso círculo social.

Se despidió con un movimiento de cabeza y una sonrisa forzada y huyó escaleras arriba, agarrándose a la barandilla e intentando no caminar demasiado deprisa. Solo por si la escuchaban en la planta de abajo.

Cerró la puerta tras ella y encendió la luz. La habitación estaba impoluta, pero le resultaba incómodo que se notara que casi no se usaba. Como si fuese a dormir en la habitación de un hospital o en un país desconocido, completamente sola y perdida.

Solo que eso último sí que era bastante cierto.

---

2. Fragmento de la canción *No diré que es amor* de la película *Hércules* (Disney, 1997). [[Volver al texto](#)]



## 4

### *Te lo estás pensando mucho*

Le fue difícil averiguar si lo había soñado. Primero, lo de que se había encontrado a Paula en casa de El Figura y se la había destrozado. Parecía más un delirio febril que algo que hubiera ocurrido de verdad. Luego, recordó escuchar los sollozos de su antigua compañera de instituto en el cuarto de baño en plena noche, un sonido tan lejano en su cabeza que pensó que podría haber sido una pesadilla.

Por último, vino el beso. Los dibujos, la caricia en el muslo, las cosquillas en el estómago. La sensación era demasiado real, pero podría haber sido como una de las otras veces que había soñado despierta con ella. No sintió el calor del cuerpo a su lado, ni lo tocó cuando tanteó con la mano en el colchón, así que se permitió unos minutos de confusión, de taparse la cara con las sábanas y gruñir, mareada y con dolor en todos los músculos de su cuerpo. Por lo menos, tenía claro que la borrachera había sido real, y eso le llevó a confirmar el resto de eventos. Bueno, y que la parte en la que sobrevolaba Callao con los integrantes de El Canto del Loco no lo era.

Sin duda, una noche extraña y revuelta. El olor dulce que inundaba la habitación y le provocaba retortijones no ayudaba en absoluto. Se incorporó con un gruñido y salió del cuarto apoyándose ligeramente en la pared, clavándose el gotelé en el brazo. El olor dulzón dejó paso a uno quemado, después un chillido familiar acompañado de una risa que también reconoció, pero eran dos voces que le sonaban confusas al estar juntas. Cuando entró en la cocina, se encontró a Paula tosiendo e intentando alejar el humo que salía

de la sartén con un trapo mientras Bea, otra de sus compañeras de piso, se reía con los brazos cruzados sin hacer nada. Lorena podría haber ayudado, pero el olor a azúcar quemado provocaba que tuviese que aguantarse las arcadas como si fuese un intenso olor a marisco. Se apoyó en la puerta corredera y se masajeó el puente de la nariz, suspirando a través de ella.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó con voz ronca. Alzó la mirada hacia Paula, quien apagaba la placa de gas con un puchero. Bea negó con la cabeza, divertida.

—Tu amiga, que se ha empeñado en hacernos torrijas. O quemarnos la cocina, aún no lo sé muy bien —bromeó acercándose a su compañera.

Lorena se fijó de reojo en cómo Paula arrugaba la nariz mientras sacaba un trozo quemado de la sartén con las pinzas, sin mirarlas. Recordaba lo poco que le gustaba en el instituto sentir que se reían de ella aunque fuera una broma; Paula tenía mucho carácter y Bea era una chica demasiado directa y sardónica. No debería llevar mucho tiempo en la cocina porque aún no había oído gritos. Su compañera de piso se la quedó mirando con los ojos entrecerrados y compuso una mueca de disgusto.

—Chica, menuda cara traes. ¿Te ha atropellado un tren en sueños o qué?

—Demasiada cerveza anoche —respondió con la voz aún más rasposa y Bea bufó con una risa escondida en su aliento.

—Madre mía, relaja, que solo es jueves. —Cogió su taza de café humeante de la mesita de la cocina —y sabía que era la suya porque era la de las piñas que se había comprado en Ale-Hop y que no dejaba que nadie más usase— e hizo que Lorena se apartase para poder salir—. En fin, que os aproveche. ¡Y no os carguéis la cocina, por favor!

—Descuida —contestó Lore con una sonrisa, dándole una palmada en la espalda cuando pasó a su lado. Cerró la puerta corredera tras ella, notando cómo Paula destensó los hombros conforme la otra se alejaba—. ¿De dónde has sacado las cosas para hacer las torrijas?

—Teníais pan, leche, azúcar y huevos... Pensé que sería una sorpresa guay para agradecerte que me dejaras quedarme aquí. ¡Yo qué sé, es lo único que me enseñó a cocinar mi abuela!

Vio cómo Paula se indignó ella solita, haciendo aspavientos con los brazos y los ojos muy abiertos. No pudo evitar reírse, tapándose la boca con la cabeza agachada. Al contrario que con Bea, Paula pareció animarse con

ese gesto, ensanchando una sonrisa gatuna y orgullosa. Lore suspiró y se la quedó mirando, entre enternecida y burlona.

—Los huevos llevan ahí no sé sabe Dios cuánto tiempo y, sinceramente, estoy impresionada de que hayas sido capaz de cortar el pan porque creo que vino con la casa.

—Y yo qué quería tener un gesto bonito... —bufó la otra, dándole un codazo y fingiendo un gesto ofendido.

Lore negó con la cabeza y rio entre dientes, aprovechando la diferencia de altura para ponerle una mano sobre el cuero cabelludo, empujando hacia abajo para picarla. Paula se quejó cogiéndole del brazo y tiró de ella, iniciando un forcejeo entre las dos que a Lorena le recordó a cuando jugaba con sus hermanos más pequeños.

Tras unas cuantas risas y algún que otro manotazo dado por Paula, Lore pudo detenerla cogiéndola por las muñecas y levantándolas a la altura de sus hombros. Se quedaron mirándose, con la risa aún muriendo entre la lengua y el paladar. Recuperando la respiración y haciendo que el pecho de ambas subiera y bajara al mismo tiempo, como si hubiesen planeado esa sincronización. Paula parpadeó dejando caer las pestañas, formando una sonrisa ladeada que Lore no supo descifrar. El repentino recuerdo del beso de la noche anterior la sacudió como si el poder de Paula fuese dar descargas eléctricas y la soltó, dándose con la espalda en la puerta corredera. La otra chica rio con malicia y la boca tapada con las dos manos.

—Tampoco te asustes tanto, Lore, que no te iba a morder. Bueno, depende. ¿Es algo que te guste? —bromeó todavía conservando ese toque travieso en la mirada. A Lore le costó tragar saliva y recomponerse para que a la chica no le diese tiempo a cerrar la trampa del todo.

—Anda, vamos a dejarlo... —empezó diciendo como si fuese una amenaza, pero sabía que tenía las de perder. Hizo un movimiento con la cabeza señalando al salón—. ¿Y si en vez de incendiarme la casa salimos a desayunar fuera?

—¡Vale! —contestó la otra con un saltito.

Recogieron el desastre de la cocina como pudieron con una risueña Paula que incluso ignoró a la sarcástica Bea cuando las llamó «parejita MasterChef». A Lorena no le entusiasmaba mucho el plan de salir de casa, sobre todo cuando vaticinaba que iba a ir al cuarto de baño directa en cuanto terminasen el desayuno, pero necesitaba hablar con ella sobre anoche.

No del beso, sino del plan de viajar a Barcelona.

Con el ceño fruncido y el labio superior alzado, Lore se preguntó cómo Paula podía estar clavándose ese café con tostadas mientras que a ella no le entraba ni un mísero zumo de naranja. Para colmo, estaba increíble con una de sus camisetas —que le quedaba bastante grande y se había recogido por dentro de los pantalones— y una coleta alta que alzaba su poco pelo. Estaba segura de que ella se veía horrible con los rizos despeinados y las ojeras hasta el suelo. Arrugó la nariz, dándole un sorbo al zumo por llenarse un poco el estómago.

—Podemos coger los billetes para irnos mañana por la mañana —comentó Paula con un moflete lleno de tostada, y Lore supo que con «podemos», quería decir «puedes»—, así llegamos a la hora de comer. Creo que se tardan unas siete horas en llegar, ¿no?

—Y, después, ¿qué hacemos? —preguntó con los brazos cruzados. Paula alzó las cejas en señal de pregunta mientras le daba otro mordisco a su tostada—. Cuando consigamos el dinero. ¿Tú qué vas a hacer?

Paula se tomó su tiempo para masticar y tragar, encogiéndose de un hombro.

—Ah, pues... tengo amigos en Barcelona, así que supongo que me quedaré con ellos hasta que se me ocurra algún plan.

La respuesta no la satisfizo. De hecho, la decepcionó, pero contuvo el dejar caer los brazos y la sonrisa del rostro, asintiendo como si se alegrara por su alternativa. En el fondo, había querido que la incluyese en su futuro. Que le hubiera dicho con todo ese desparpajo que pensaba volver a Madrid con ella y quedarse en su piso. Hubiese puesto los ojos en blanco y bufado para ocultar su alegría, pero hubiera aceptado encantada. Había tenido esa esperanza, pero sabía que era estúpida y poco realista. Se rascó la nariz, notando cómo las mejillas se le calentaban por la vergüenza de ese pensamiento, y se aclaró la garganta, frunciendo el ceño al darse cuenta de una cosa.

—Oye, aún no me has dicho quién es el que te debe dinero. ¿Es algo que debería saber o...?

Paula esbozó una mueca y le restó importancia con un movimiento de mano, volviendo a su desayuno.

—Bah, no es importante. El caso es que me tiene que dar la pasta y lo va a hacer.

—Repítame por qué tengo que confiar en ti.

—Porque ahora mismo soy tu única y mayor fuente de ingresos. —Paula ensanchó una sonrisa confiada, señalándola con la corteza del pan que le quedaba de su comida.

La única respuesta que Lorena le dio fue un gesto de labios apretados. Tampoco podía discutirle ese argumento.

La tarde transcurrió de forma tan mundana que, a ratos, se le olvidaba que tenían que despertarse al día siguiente a las siete de la mañana para coger un autobús que las llevase a Barcelona.

Cogieron prestado el ordenador de Zoe para comprar los billetes y, de paso, Paula descubrió que tenía Netflix abierto, así que vieron una película tiradas en la cama y apretadas como pudieron. La chica acarició distraída el antebrazo de Lorena pasando las yemas de los dedos de arriba abajo en unas cosquillas que la ponían nerviosa. Le entraban ganas de rascarse la piel y contraía involuntariamente los dedos de los pies, cosa que hacía que Paula soltara alguna carcajada. Pero por tenerla cerca y escucharla reír, Lorena aguantaría pellizcos si hacía falta.

Incluso cuando hicieron la compra le resultó muy doméstico, como si fuese con ella a una excursión del instituto. Paula metió zumos, napolitanas y barras de pan para hacer bocadillos en la cesta, y Lorena intentaba buscarlas siempre de marca blanca porque, por supuesto, pagaba ella.

Por la noche, con las mochilas ya preparadas y los platos limpios después de cenar, Lorena se metió en la cama y esperó a que Paula se duchase mientras se distraía mirando el móvil. Cuando entró en el cuarto, Lorena no se dio cuenta de que se había quedado unos segundos frente a la cama antes de meterse hasta que Paula apoyó una rodilla encima del colchón. Dejó el móvil sobre la mesilla y bostezó, haciéndose a un lado para que se tumbase al lado de la pared. La chica se tapó hasta el pecho y se colocó de lado, con las manos debajo del cojín, la mejilla aplastada y mirándola a ella. Por eso, Lorena giró la cabeza, alzando las cejas en una pregunta no verbal.

—No te preocupes, que ya he puesto la alarma —dijo adelantándose a Paula, pero esta rio entre dientes y negó con la cabeza.

—En realidad te iba a decir... que hoy no estamos borrachas.

Lore frunció el ceño sin entender el sentido de la frase. Buscaba una broma interna, una pulla. Cuando dejó de buscar el doble sentido, lo comprendió. El calor se le subió a las mejillas y tragó saliva.

—Es verdad.

—Tampoco es tarde, aunque tengamos que madrugar.

—No te puedo discutir eso.

—¿Por qué ibas a hacerlo? —preguntó Paula con una risa asomando entre sus palabras. Lorena se encogió de hombros, nerviosa—. ¿Entiendes lo que te quiero decir o debería dejarlo aquí?

No sabía muy bien qué responder. Sí, entendía lo que quería decirle. No, no quería que lo dejase allí. Tampoco tenía ni idea de cuál debería ser su siguiente movimiento, de cómo flirtear de vuelta o si debería callarse y dejar que Paula tomase la iniciativa. Parecía la opción más sabia, pero ¿y si se lo tomaba como que no tenía ningún interés y por eso dejaba que lo hiciese todo? No quería resultarle tan... pasiva.

—Te lo estás pensando mucho —dijo la chica apoyándose sobre un codo para mirarla mejor.

Su tono era más preocupado que apremiante, pero podía notar un resquicio de duda, de vergüenza —¿o quizá irritabilidad?— en la forma que tenía de morderse la mejilla por dentro. Lorena apretó los labios, ansiosa. Por culpa de su indecisión estaba enviándole mensajes contradictorios. Paula suspiró por la nariz y se volvió a tumbar en la cama acariciándose el pelo con su propia mano y con la mirada perdida en el techo.

Lorena apretó los puños y cogió aire. Esa vez, se incorporó ella, haciendo que Paula la mirase con curiosidad. Con cuidado, pero sin pensárselo mucho, apoyó una mano en su mejilla, rozándole la piel con el pulgar e inclinándose con los ojos cerrados para juntar sus labios.

No se atrevió a separarse, pero tampoco a ir más allá. Se vio obligada a hacer lo primero cuando notó la respiración de Paula chocar contra su mejilla; se reía entre dientes, con los párpados caídos y la mano descansando sobre el colchón, al lado de su cabeza. Parecía tan relajada como si acabara de despertar.

—Si esta es tu forma de comunicarte... mira, ni tan mal.

Paula levantó una mano y le tocó la nariz con el índice. Lore frunció el ceño, algo avergonzada. Puso los ojos en blanco y bufó.

—Lo siento, pero ligar no se me da tan bien como a ti.

—Pues para no hacerlo te me has lanzado de cabeza.

—Calla —respondió, tapándole casi toda la cara con una mano y frustrada por no ser capaz de parecer ni un poquito digna en esa situación.

Paula se revolvió, riéndose mientras le apartaba la mano. Entrelazó sus dedos con los de Lorena y atrajo de nuevo la mano hacia ella, presionando los labios contra las yemas de los dedos. A la morena le dio un escalofrío, y el leve pero intenso roce hizo que una sensación cálida le subiera desde las manos hasta el pecho.

—Tienes muchas otras formas mejores de callarme, Lore.

Tragó saliva. Los ojos verdes le quemaban y la sonrisa ladeada le cortaba la respiración. Antes de que pudiera dejarla otra vez sin habla, Lore cerró los ojos y se inclinó. Se empapó todo lo que pudo del calor de la piel de Paula, el olor del champú que empezaba a tener otro significado y las manos calientes de la chica bajo su camiseta.

## 2012

Emma estaba nerviosa porque no sabía qué comprar por Reyes Magos. Tenía veinte euros para gastarse en sus padres y su hermano, así que navegaban por los puestos navideños de Málaga en busca de algo económico, pero bonito. Lore tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo y media cara escondida detrás de la bufanda; ella ni siquiera se preocupó por los regalos. Demasiada familia, muy poco dinero. Les compraban algo a los más pequeños de la casa y, los demás, se regalaban entre sí cosas que habían hecho ellos mismos. Lorena llevaba semanas buscando recetas de galletas festivas que fueran fáciles de llevar a cabo.

Dejó que Emma se colgase de su brazo y que se pegara a su cuerpo mientras le contaba algo de que a su madre le encantarían unos pendientes, pero que no veía ningunos que no fuesen horteras y valiesen menos de diez euros. Lore rio entre dientes y la llevó a un puesto de accesorios artesanales.

—¿Y una pulsera? —preguntó, señalándolas con el codo porque no quería sacar las manos.

Emma se mordió los labios, observándolas con un sonido gutural que le nacía de la garganta.

—Mi madre es más de llevar plata... y estas son como de piel, ¿no? —preguntó, tocando una de ellas, rozándola con el pulgar.

Lore no tenía ni idea, nunca supo diferenciar cuero de piel o de material sintético, pero quiso ayudar a su amiga —sobre todo porque, cuanto antes terminasen, antes se irían a refugiarse a un Burger King—. Así que, por fin, sacó una mano del bolsillo y empezó a pasar los dedos por las pulseras, distraída y buscando algo lo suficientemente delicado y elegante como para que le gustase a la madre de Emma.

Cuando llegó a unas que estaban hechas por hilos de colores, sus dedos enguantados se detuvieron. Ese patrón arco iris era reconocible en lugar y situación. Cada vez que Lorena veía algo así, sus ojos se fijaban en ellos demasiado tiempo. Como atraída hacia una luz, siempre los veía incluso por el rabillo del ojo. Cualquiera bandera arco iris, escenas de dos chicas besándose, carteles de dos mujeres dándose la mano. Cuando eran dos chicos no miraba tanto, pero lo otro le resultaba aún tan... extraordinario,

como ver de reojo una estrella fugaz pasando por el firmamento. Tenía que girarse y mirar el fenómeno, fascinada, y preguntarse si algún día en su balcón habría una bandera colgada o si le pasaría lo mismo que en esas escenas y esos carteles.

—¿Lore?

Pestañeó cuando la voz de Emma la devolvió a la realidad. Mierda, se había quedado demasiado tiempo mirando los arco iris como una idiota y era obvio que su amiga se había dado cuenta, porque fruncía el ceño. ¿Por qué no podría estar mirando joyas para su madre en vez de colgarse de su brazo?

Notando sudores en la nuca a pesar del frío, se apresuró en agarrar otra pulsera que no tuviese nada que ver de la sección de los colores para disimular. Cuando se fijó en que era una del Real Madrid, carraspeó.

—A tu hermano le gustaba el deporte, ¿no?

—Solo si es dentro de un videojuego.

—Ah, vale.

Soltó la pulsera mirando los anillos junto a ellas por no parecer aún más sospechosa. Emma tiró de su brazo con cuidado y Lorena la siguió, creyendo que iba a ignorar el tema mientras se alejaban del puesto, pero su amiga no dejaba de clavarle los ojos oscuros bajo las gafas de pasta.

—Oye, ¿hay algo que me quieras contar? —preguntó, y Lorena sintió retortijones, una sensación amarga que le subía del pecho a la garganta y hacía que el corazón se le acelerase.

Tragó saliva, pero se le quedó pegada a la garganta como un caramelo y tuvo que toser. Sin mirarla, apretó los labios y dijo:

—¿Hace falta?

No sabía qué esperarse, pero desde luego no una risa suave y ligera como una nube horneada saliendo de su amiga.

—No, la verdad es que no.

Emma le apretó el brazo. Como si su ligereza se le hubiera metido dentro de los pulmones, Lorena sintió que un enorme peso de los hombros se le había liberado, que por fin podía respirar. La chica dibujó una sonrisa en la que dejó descansar los hombros, pero se sentía aún más alta, con el pecho henchido. Su cuerpo más cálido y dulce que los puestos de chocolate con churros que las rodeaban.

Emma lo sabía y le daba igual. No iba a necesitar ninguna charla. Ningún silencio incómodo. No más mentiras veladas que le hicieran sentir culpable más tarde.

Lore podía ser Lore con su mejor amiga. Era lo único que le importaba en ese momento.

—Eso sí, si te gusta alguien... quiero saberlo todo. Los salseos se comparten.

Lore rio entre dientes por la seriedad y determinación de Emma, que abría mucho los ojos como un búho a punto de conseguir una presa. Suspiró y le frotó la mano con la que le agarraba el brazo, porque se habían metido tanto con ella y sus amigas cuando tenían que hablar de la *chupipandi* que seguramente le impresionase más que la propia revelación silenciosa de que Lorena era lesbiana.

—Te vas a reír...



## 5

### *Un universo bajo las sábanas*

No existía más cosmos que el de esa cama de noventa centímetros de ancho en las que ambas tenían que caber con las piernas enredadas, los dedos acariciando espalda y pecho, labios que besaban la curvatura entre el hombro y el cuello de la otra chica. Estaban desnudas, pero el calor que se había generado con ambos cuerpos bajo las sábanas era suficiente como para que Lore se sintiera a salvo, un ecosistema creado solo para ellas dos. La fina capa de sudor no importaba porque la hacía sentir mucho más conectada a Paula.

Le besó los párpados cerrados con pereza y un suspiro a través de la nariz. Quería dormir y, al mismo tiempo, quería disfrutar todo lo posible de ese momento. No quería que se deshiciera como el algodón de azúcar en el agua. No quería separarse de ella. Solo quería que esos segundos fuesen eternos.

—Oye, Lore.

Agachó la mirada para encontrarse con los ojos verdes casi en completa oscuridad. Parecían la parte más profunda de un océano o una nebulosa que solo ella podía contemplar. Un universo bajo las sábanas.

—Dime —contestó con el mismo susurro que Paula, como si alzar la voz fuera a romper el hechizo.

La otra chica se humedeció los labios. Le acariciaba los tirabuzones más cortos de la nuca, así que tenía que contener los escalofríos, notando cómo la piel se le erizaba. La vio nerviosa y avergonzada por primera vez, algo que

le costó procesar después de todo lo que habían hecho en esa cama, esa noche. No creía que ningún centímetro del cuerpo de ambas estuviese libre de pecado.

—¿Cuál es el pensamiento más extraño que has leído?

Lorena frunció el ceño y rio entre dientes, incrédula y con la guardia baja, pero Paula no mostró ninguna emoción en su rostro. O eso o la habitación estaba demasiado oscura y solo quería fijarse en sus labios hinchados.

—¿Va con dobles intenciones? ¿Quieres saber lo que le pone a otra gente para que lo probemos nosotras?

Le resultaba rara esa situación en la que Lorena bromeaba con flirteos y Paula simplemente se quedaba callada. Los papeles se habían invertido y, por un absurdo segundo, pensó que se habrían besado tanto que habrían intercambiado la energía de la otra. Lore quiso hacer una broma sobre eso, pero Paula volvió a hablar con un hilo de voz.

—No. Quiero saber si me debería preocupar por los míos o es algo que le pasa a todo el mundo.

Algo en su voz le hizo darse cuenta de la seriedad del asunto. Tragó saliva y se preguntó si se escucharía tan audible como a ella le parecía. Sintió que de pronto el poder de la otra chica era mudar de piel y que se había cambiado por una Paula sin colores. Nunca nadie le había preguntado una cosa así después de follar. Por supuesto que ella tenía que ser la excepción.

Se preguntó por qué Paula tenía la necesidad de saber algo así, sobre todo esa noche, con los brazos y las piernas fundiéndose tanto que se podrían confundir entre sí, pero tampoco le dio muchas más vueltas. Si quería saberlo, se lo diría. Si Paula quería que le leyese la mente a alguien que estuviera colgando en la luna, lo intentaría hasta que explotase.

Se quedó mirando el techo desconchado mientras dibujaba formas en su espalda con las yemas de los dedos. Nunca lo había pensado demasiado, así que las respuestas que se le ocurrían eran tontas.

—Cuando todavía no podía controlarlo muy bien, leí cómo alguien intentaba buscar peces con la boca en un río. Estaba en el parque, así que por un momento pensé que podía leerle la mente a los perros y me emocioné mucho —dijo antes de torcer los labios—. Resulta que solo era un señor que, por alguna razón, tenía muchas ganas de pescar peces con la boca. No sé por qué, pero le estaba poniendo ojitos al estanque.

En el silencio que se formó podían escuchar las motos en la calle y las risas esporádicas de quienes se quedaban despiertos hasta tarde. Lorena cerró los ojos cuando Paula bufó, sin esperarse esa pequeña corriente de aire caliente en la cara.

—¿En serio? —preguntó antes de reírse con un temblor de hombros que hizo que Lorena entera vibrase. Esta se lo tomó como una victoria, así que siguió contándole.

—Una vez vi que una persona se quería disfrazar de pingüino gigante con una cresta roja. No era Halloween, ni carnavales, ni nada, simplemente quería y ya. No sé si se trataba de un fetiche o qué.

Pensó que Paula volvería a reírse, pero la chica solo suspiró. Se preguntó si habría dicho algo inadecuado. ¿Lo de los fetiches? No habían hecho nada fuera de lo normal esa noche, pero... quién sabía lo que le pasaba a la otra chica por la cabeza. Tragó saliva de nuevo. Paula se giró hasta tumbarse de cara al techo y Lore apretó los labios, echando de menos la calidez abrumadora de hacía unos segundos.

—No me refería a ese tipo de pensamientos. Da igual. —Apoyó una mano en su frente y, por lo mucho que soltó aire entre los labios, más segundos de los necesarios, pensó que no iba a decir nada más, que quizá la noche se terminaría ahí. Sin embargo, Lore esperó, paciente y sabiendo que Paula no sería capaz de dejarlo ahí si tanta curiosidad tenía—. Quiero decir... ¿tú ves que haya gente que le siga dando vueltas al mismo pensamiento durante meses? ¿Que su cabeza no se calle nunca y sea como una discoteca con el volumen demasiado alto como para ignorarlo mientras que por fuera parezcan completamente normales?

—Eso es demasiado concreto, ¿no? —susurró Lorena y supo enseguida que no era la respuesta que Paula esperaba, o al menos no la que quería. Notó cómo la chica se removía, incómoda, y antes de que se pudiera alejar demasiado, alcanzó su mano para entrelazar los dedos con los suyos, acariciándole el dorso con el pulgar—. He leído pensamientos muy complicados, sí, pero no he querido indagar en ellos.

—Porque da miedo descubrir cómo es una persona en realidad, ¿eh?

A pesar de la poca iluminación, Lorena atisbó una sonrisa amarga en su tono. Cómo su excompañera le apretaba la mano durante un segundo. Se inclinó para que su pelo le hiciera cosquillas en la nariz.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, que lo que esconde la cabecita es la verdad de cada persona y a veces cuesta querer a alguien así, ¿no?

Lore tenía claro que el tema se había bifurcado hacia una preocupación de Paula que no entendía muy bien de dónde salía o por qué hablaba de ello. No necesitaba leer su pensamiento para darse cuenta de que estaba tensa, que había bajado la guardia y que se sentía vulnerable, aunque no fuese un tema que personalmente ella hubiese escogido después de haber echado un polvo.

—No creo que sea «la verdad» en ninguna de las formas, son solo pensamientos y ráfagas que tenemos todos en algún momento. Te lo digo yo, que he visto de todo. —Lorena sonrió, pero tenía claro que no había tranquilizado o convencido a Paula de ninguna de las formas, así que se humedeció los labios antes de seguir hablando—. Una vez pillé a mi madre pensando que ojalá no hubiese tenido hijos. Eso no significa que sea una mala madre o que no nos quiera, nadie es un ser de luz sin una sola emoción negativa hacia los demás o hacia sí mismos.

Lorena se sentía estúpida con cada palabra que soltaba porque no creía que estuviese explicándose de la mejor manera. Nunca había tenido una conversación así, no sabía qué era lo que Paula esperaba de ella pero quería hacerla sentir bien, que volviesen a olvidarse del mundo en el universo que habían creado para ellas mismas. No importaban los firmamentos de los demás, solo la suavidad de su piel bajo las yemas de los dedos que chillaban por volver a sentir a Paula.

—¿Tanta gente se odia? —preguntó Paula con una risa corta y desganada. Lore se encogió de hombros.

—Más de la que tú crees y más de la que debería.

Notó que la chica se relajaba a su lado. Su cuerpo ya no parecía mármol y volvía a enredarse de forma natural con el de ella. La chica suspiró una vez más, con el aliento golpeándole los labios y haciéndola estremecer. Estaba segura de que Paula se había dado cuenta de eso, porque no perdió tiempo en volver a besarla, en arrancarle algún sonido cuando tiró de su labio con los dientes, suave pero sin cuidado. Bajo las sábanas, Paula se sentó a horcajadas sobre ella y Lorena sintió que el corazón se le quería salir del pecho para poder ser él mismo quien abrazase a la otra.

—Me he puesto bien intensa, ¿eh? —susurró divertida mientras escondía el rostro en su cuello y descansaba los labios sobre ella. Lorena no creía que pudiera volver a hablar con coherencia.

—Es una de las cosas que más me gustan de ti.

Las palabras se le escaparon en un susurro sincero y supo que Paula tenía una respuesta para eso que decidió callarse. En vez de seguir con la conversación, siguió descendiendo los besos por el cuerpo de la otra hasta llegar al interior de sus muslos y Lorena apretó las sábanas con ambas manos, olvidándose hasta del planeta en el que vivía.

## 2013

Era la primera noche de fin de año en la que tanto a Emma como a Lorena las habían dejado salir. No muy lejos, cerca del instituto, pero no solían frecuentar esas calles. Habían comprado un pequeño botellón para ellas solas y se habían acomodado junto a un local en el que podían colarse de vez en cuando para entrar en el servicio o echar unos cuantos bailes cuando el portero decidía hacer la vista gorda, echándose a un lado y charlando con unos colegas. Probablemente no le pagaban lo suficiente.

Hacía un frío que pelaba, pero Lorena casi no lo sentía. Además, estaba feliz de lucir su modelito. Era la primera vez que llevaba traje en vez de vestido y se sentía guapa, poderosa. Con flores verdes del mismo color en sus trenzas y un iluminador dorado en los pómulos que Emma le había prestado. Sacaron una botella de ginebra que habían escondido en los arbustos y se llenaron unas copas más. Lore hizo equilibrio con los vasos de plástico mientras Emma echaba las bebidas bailando al ritmo de «Qué suerte la mía» de Estopa. La música del local estaba tan alta que podrían cruzar la acera y seguir escuchándola.

—¡Emma, tía, que voy a gastar media botella intentando acertar!

Quiso sonar amenazadora, pero no podía parar de reír. Cuando la Fanta se desbordó, las dos se echaron hacia atrás con un grito exagerado. Emma se sacudió el abrigo de plumas para secarlo.

—Oye, ¿te has dado cuenta de lo mucho que te miraba esa chica ahí dentro?

—No sé de qué me hablas —contestó Lorena, escondiéndose detrás de la copa con un sorbo largo.

Pero por supuesto que se había fijado en las miradas que había cruzado con esa muchacha altísima y morena de sonrisa pequeña que iluminaba el local como si ella fuese la bola de discoteca.

—Que sí, la del vestido lila —siguió Emma con la voz pastosa. Lore intentó reprimir la sonrisa avergonzada sin mucho éxito—. No te ha quitado el ojo de encima todas las veces que hemos entrado. Ha sido exagerado.

—¿Y cómo sabes que le gustan las chicas y que no nos estaba mirando porque canta mogollón que nos estamos colando?

Emma se encogió de hombros.

—Yo qué sé, tenía el pelo así como cortito...

—¿Y qué pasa, que solo por eso tiene que ser bollera?

—¡Que no! —se quejó Emma chasqueando la lengua y poniéndose aún más roja que con el colorete con el que se había pasado—. Te juro que no... que es solo porque se lo he notado y... ¡que no es eso!

Lorena se rio, echando la cabeza hacia atrás. Ahora que habían cogido más confianza con esos temas, le encantaba picar a su amiga porque le hacía gracia que Emma tuviese tanto cuidado que, a veces, la acababa cagando.

Justo cuando el estribillo de la canción comenzó y la música se escuchó más fuerte, vieron aparecer un vestido lila bajo una chaqueta de cuero. No sabían en qué momento había salido del local, pero ambas callaron cuando la chica morena del pelo corto se acercó a ellas con un cigarrillo entre los labios. No disimuló la sonrisa divertida cuando pasó la mirada por ambas amigas, pausadas en el tiempo y preguntándose si la habían invocado de tanto hablar con ella.

—Perdonad, ¿tenéis fuego?

A Lorena casi se le cayó el mechero cuando lo sacó del bolsillo del traje. La chica murmuró un «gracias» con acento muy andaluz mientras se inclinaba y Lore intentó que no le temblase la mano mientras se lo encendía.

—Soy Inés, por cierto.

Lore asintió sin decir nada como si se le hubiese olvidado hablar y tuvo que ser Emma, chocándose con su brazo, quien fuese la portavoz de ambas.

—Yo soy Emma y ella es Lorena.

—Encantada. Muy chulo el traje, Lorena. Me mola tu rollo.

Le costó darle las gracias, riéndose con la sensación de que, efectivamente, había perdido toda capacidad de socializar. Inés se apoyó en la pared junto a ellas y Emma carraspeó, dejando su vaso en el suelo.

—Bueno, voy al servicio, que me hago pis.

Era más que obvio que solo quería dejarlas solas. Lore abrió mucho los ojos cuando Emma se fue alejando, haciéndole un aspaviento con las manos detrás de la recién llegada para que se lanzase. Lorena quería matarla. ¿De qué iba a hablar con esa chica? ¿De anime? ¿De lo pesado que había sido su tío en la cena? ¿Del instituto? ¿Y si no iba al instituto y estaba hablando con una universitaria? Al menos parecía de su edad...

—Así que estáis de botellón —dijo Inés, señalando la bolsa de hielos con la cabeza. Lore rio aunque no tuviese gracia.

—Ya ves... aquí, de plan *low cost* —contestó sin saber muy bien cómo romper el hielo. Solo se le ocurrió una cosa y se humedeció los labios—. ¿Quieres que te eche una copa?

—A ver, no voy a negarme a una bebida gratis.

Lorena le vertió algo de vodka en la chaqueta, pero Inés se rio y dijo que le daba igual, que no era cuero auténtico. Le costó no balbucear en cada frase, pero después de un par de cigarrillos y una copa, se había relajado. Era fácil hablar con Inés. Iba a otro instituto, había repetido y le gustaban unos grupos de música cuyo nombre no había escuchado en su vida, pero cantaba a grito pelado cuando en el local ponían una canción famosa del pop español y Lorena se unía a ella. Inés encestó el vaso de plástico vacío en una papelería y Lore se quedó mirándolo unos segundos como si hubiese sido impresionante.

—Mi grupo y yo nos vamos a seguir la fiesta en casa de un amigo que está por aquí cerca. Vente, y si quieres puedes decirle a Emma que la invito también.

Se le aceleró el corazón solo por la idea y estiró el cuello para buscar a Emma con la mirada, a quien no había vuelto a ver desde entonces. Quizá se tendría que haber preocupado por su amiga antes; el tiempo había volado con Inés. La encontró al otro lado de la calle, riéndose de algo que estaba diciendo un chico al que identificó como Carlos, un compañero de clase. Ni se había fijado en que él también andaba por allí. Emma le tocó el brazo y notó el nerviosismo del chico, con una sonrisa tonta en los labios que su amiga no tardó en corresponder.

—Le preguntaré, pero creo que solo voy a ir yo.

Cruzó miradas con Emma a la distancia. Su amiga le levantó el pulgar con una sonrisa traviesa y Lorena hizo lo mismo, aunque se detuvo al segundo siguiente cuando Inés se rio sin disimular. Después, le rodeó el brazo para llevarla con sus amigos.

Iba a ser una noche interesante.

Se despidió de Emma y siguió a Inés junto a un grupo de chicos a los que no había visto nunca, aunque se arrepintió a los pocos minutos de hacerlo. Ambas amigas habían acordado enviarse la dirección del sitio, que

responderían a cada hora y que, como mucho, volverían a juntarse a las cuatro de la mañana. No querían fastidiarla para ser la primera Nochevieja en la que las dejaban salir solas.

Lorena no temía por su seguridad, de todos modos. Se sentía incómoda, fuera de lugar aunque Inés intentase meterla en la conversación. No entendía ninguno de los chistes internos y no sabía de qué hablar con ellos. Era demasiado introvertida para esa situación. No había sido una buena idea irse con un grupo de desconocidos solo porque una chica le parecía guapa. Para una vez que no pensaba con la cabeza...

Se tropezó y maldijo entre dientes, ruborizándose y esperando que ninguno hubiese visto eso. Desvió la vista y fue cuando la vio. Sentada en unas escaleras grises con una sola farola naranja iluminándola. Con el pelo en cascada, los rizos desechos y el vestido largo, rosa y brillante, parecía una estatua moderna que se estuviese abrazando las rodillas. Igual de estática, igual de bonita. Aunque dudaba mucho de que las estatuas llorasen.

—Perdona, Inés... ahora vengo.

No se giró para ver cómo la chica le pedía a sus amigos que esperasen porque se dirigió a las escaleras. Sentía que se le había bajado todo el alcohol de golpe, que la ráfaga de aire frío que se le había metido en el traje la había vuelto sobria. La chica de las escaleras se pasó una mano por las mejillas, pero no consiguió limpiarse la máscara de pestañas que se le había corrido con las lágrimas.

—¿Paula?

Su compañera de clase se sobresaltó y cortó un sollozo, alzando la cabeza con ojos vidriosos y más grandes que nunca con el maquillaje que combinaba con su vestido. Llevaba los tacones en una mano y lo único que le tapaba los hombros era un chal muy fino y transparente. Cuando vio que se trataba de Lorena, bufó y giró el cuello, como si eso fuese a ocultar el rostro lloroso.

—¿M-Marina te ha dicho que estoy aquí o qué? Puedes decirle que pase de mí.

—No la he visto en toda la noche, ni en todas las Navidades. Y me alegro.

Paula dejó caer los hombros y no supo decir si estaba aliviada o decepcionada. Tras unos segundos de duda, se sentó a su lado con los codos en las rodillas. Las escaleras estaban heladas y, por cómo le temblaban los pies de puntillas enfundados en unas medias finas, supo que Paula también.

—Te va a dar una pulmonía como sigas así.

—Mejor.

Lore suspiró, se quitó la chaqueta con un escalofrío y se la puso por encima a Paula. Esta agarró los bordes y se acurrucó como si se tratase de una flor con su capullo. No la miró cuando siguió hablando.

—N-no hace falta que hagas esto, de verdad. Lo último que quiero... es joderle la fiesta a más gente.

Iba a responderle que no se preocupase, que no le importaba en absoluto, pero delante de ellas, Inés chistó y miró al final de las escaleras. La chica esperaba con los brazos abiertos y las cejas levantadas, preguntando qué pasaba. Lorena se mordió los labios y no se lo pensó dos veces antes de hacerle un gesto para que se fueran sin ella. Inés chasqueó la lengua. La chica se había ido molesta, pero a Lorena le daba igual. No pensaba dejar a Paula sola en un momento así, incluso si no hubiera sido la chica que le gustaba desde hacía demasiado tiempo como para contarlo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Lorena, frotándose las manos para darse calor. Paula siguió conteniendo los sollozos, sorbiendo por la nariz y sin mirarla.

—No. Creo. Esa es la cosa, que voy a seguir estando mal aunque no pase absolutamente nada porque parece que estoy enganchada al drama.

Asintió con la cabeza y siguió frotándose las manos sin saber muy bien hacia dónde dirigir la conversación. A veces, Paula era tan cristalina. Mirar su sonrisa era poder ver el fondo de un lago, o eso había creído ella. Ahora le parecía que el agua era demasiado espesa como para ver más allá de las plantas que asomaban por la superficie. Sin embargo, a Lore no le importaba meter los pies en ese lago desconocido. Quería poder bucearlo y perderse como si fuesen sus ojos esmeraldas.

Quizá estaba menos sobria de lo que creía.

—Y... ¿estás bien? —Era obvio que no y Paula se rio con un resoplido, así que siguió la pregunta—. Quiero decir, ¿has bebido?

—Sorprendentemente no. No está la cosa en mi casa como para volver borracha.

—¿Y eso?

Paula se encogió de hombros sin mirarla.

—Lo de siempre, demasiadas discusiones.

—Mi familia también se pone nerviosa en Nochevieja y acaban a gritos.

Su compañera sonrió con la cabeza gacha y, por un segundo, Lore se sintió orgullosa de haberla hecho sonreír, pero sus mejillas estaban demasiado tirantes como para ser genuina. Se mordió los labios. Quería ayudarla, pero no sabía cómo.

—¿De verdad que no ha pasado nada? No se lo contaré a nadie.

—Esa es la cosa, Lore, que no ha pasado nada. Nada de nada. Sí, alguna cosa, pero nada nuevo, y aun así... —Volvió a sorber por la nariz y tiró con tanta fuerza de la chaqueta que se hizo aún más chiquitita, hablando con la voz temblorosa y entre lloros—. Aun así no puedo dejar de sentirme como si me hubieran arrancado el corazón y lo hubiesen pisoteado. No lo sé, me da miedo sentir así, de esta forma tan... fuerte. A veces, estoy muy, muy bien. Otras, estoy muy, muy mal. Y ninguna de esas emociones pasan por un punto intermedio. Así que... cada vez que *siento*, es como si hubiera corrido una maratón. No sé si puedo soportarlo más.

—A mí también me dan bajones de vez en cuando sin ningún motivo.

Esperaba que eso la consolase. Paula solo asintió con la sonrisa triste aún instalada en el rostro y supo que no había dado en el clavo. Lorena quiso borrarle la pena de cualquier forma con tal de verla bien de nuevo. Vio cómo la chica le miraba de reojo.

—No tienes que quedarte aquí, de verdad. Bastante he amargado a mis amigos con mi actitud, no es tu culpa que esté así.

—Es que quiero quedarme.

Paula suspiró, jugueteando con los bordes de la chaqueta.

—Bueno, si lo vas a hacer de todas formas... —susurró antes de tenderle la palma—. ¿Me darías la mano?

Lorena dudó unos segundos, pero no respondió, simplemente entrelazó los dedos con los de Paula. Ambas pieles estaban igual de frías, pero Lore sintió un calor recorrerle todo el cuerpo igualmente.

La chica siguió sorbiendo por la nariz hasta que fue capaz de tranquilizarse y Lorena no le soltó la mano hasta que la otra no lo hizo, disfrutando del silencio, las luces navideñas de la calle y el sonido ahogado de las fiestas alrededor de ellas.



## 6

### *Demasiadas vueltas a todo*

El conductor fue bastante comprensivo con ellas cuando llegaron tarde y le hicieron parar el autobús antes de que saliese de la estación. Teniendo en cuenta que eran y diez y eso significaba que las habían estado esperando unos cuantos minutos, fue bastante considerado. Eso sí, a Lorena no le hizo falta leerle la mente a nadie para darse cuenta de lo irritados que parecían todos con ese *pequeño* retraso.

Paula se quitó la chaqueta —que Lore le había dejado— y se dejó caer en su asiento junto a la ventana con un bufido, pellizcando el cuello de su camiseta y sacudiéndolo para ventilarse un poco. Lorena odiaba el sudor que le provocaba el calor del transporte público, por eso evitaba viajar en metro. Menos mal que ellas habían cogido los asientos en la parte trasera del autobús y, por suerte, ese viernes por la mañana había decidido viajar poca gente a Barcelona. Al menos desde Madrid.

La chica le dio un largo trago a su botella de agua, suspiró y después se colocó para apoyarse en el hombro de Lorena y descansar un rato más. Ella se quedó mirando una pequeña marca rojiza que le asomaba por el cuello y desvió la vista sin ocultar la sonrisa orgullosa que se le había instalado en los labios.

Se espabiló cuando pararon treinta minutos en Zaragoza y, una vez que Paula se despertó, ya no hubo quien la callase. Rodeó el brazo de Lorena con el

suyo cuando se volvieron a sentar en el autobús y se acercó mucho para hablarle en susurros.

—¿Cuándo te enteraste de tus poderes?

Esbozó una mueca de desagrado. Por desgracia, no tenía que pensarlo mucho.

—Hacía poco que había llegado a Madrid, me había descargado Tinder y estaba muy nerviosa porque había quedado con una chica por primera vez... O sea, no por primera vez en la vida, sino en la aplicación. Yo estaba rayadísima porque no tenía dinero para comprarme ropa decente y, cuando estábamos tomando algo, empecé a escuchar su voz en mi cabeza diciéndome lo incómoda que se me veía para lo guapa que era.

—Y tenía razón, la verdad —dijo Paula ensanchando la sonrisa y Lore se rascó la mejilla, avergonzada.

—El caso es que yo pensé «coño, qué pensamiento intrusivo más raro», porque ni se me había pasado por la cabeza que pudiera pensar así de mí. Me acabé yendo a casa porque pensaba que me estaba dando un ataque de ansiedad chungo porque no dejaba de escucharla opinar sobre mí y... — Lorena frunció el ceño, girándose hacia ella hasta que Paula se separó y quedaron casi de frente—. ¿Tú sabes que cada persona piensa de una forma distinta? Algunos piensan solo con palabras, otros con imágenes, otros escuchan su propia voz o la de otro...

—¿En serio? —Paula abrió mucho los ojos—. Eso no me lo dijiste anoche. Creía que todo el mundo escuchaba su propia voz hablándole.

—Yo también, hasta que me pasé semanas sin poder salir de casa porque se me cruzaban pensamientos de otras personas. Imágenes chungas, voces que no podía identificar, canciones en bucle... Fue horrible.

—Ah, claro. Por eso me dijiste que viste algunas cosas sin querer... Pensaba que lo de leer el pensamiento no era tan automático —dijo ladeando la cabeza y a Lore no se le pasó desapercibido el recelo con el que la miraba. Rio entre dientes.

—Y así es, pero tardé un tiempo en aprender a controlar el poder. Tranquila, que no estoy escuchando lo guapa que piensas que soy.

—No, porque eso ya te lo digo a la cara —bromeó la otra con su sonrisa gatuna, y Lore puso los ojos en blanco. No había forma de pillarla desprevenida.

—¿Y tú qué? ¿Cuándo descubriste los tuyos?

La sonrisa de Paula se derritió y desapareció de su rostro como un helado en pleno agosto. No la miró mientras se pasaba la lengua por los dientes, distraída.

—Estábamos en la casa de mi padrastro y, de pronto, el agua de su piscina empezó a hervir y a explotar.

Asintió con la cabeza, esperando a que Paula continuase la historia, pero no lo hizo. La chica estiró el cuello y miró por encima de los asientos antes de sonreír de lado e inclinarse hacia Lorena para susurrar:

—¿Quieres que juguemos a una cosa? Yo tengo que adivinar lo que piensa alguien del autobús y tú me dices si he acertado.

Le había dejado claro que no quería hablar de ello; no se le había pasado inadvertido el tono cortante ni la forma entusiasta que tenía de darle golpecitos en la pierna cuando le comentó la idea, como si estuviese buscando a toda costa cambiar de tema. No insistió. Si no quería decírselo, sería por algo.

—Va, aunque no me gusta meterme en la cabeza de la gente.

—Anda ya, yo estaría todo el día cotilleando.

—Luego eres tú la que me amenaza con reventarme si te leo el pensamiento.

—No es lo mismo —cortó Paula con un aspaviento y Lorena rio, divertida. Quería preguntarle cuál era su argumento para decirlo así, pero la chica ya estaba señalando a una mujer de unos sesenta años y ojos entrecerrados que asomaba la cabeza por el pasillo—. Mira, seguro que esa señora está yendo a Barcelona a ver a su hijo y no sabe si la van a recoger a la hora que toca a pesar de que le ha dejado cincuenta mensajes mal escritos por WhatsApp, pero como el hijo está trabajando y no la ha leído, está bastante cagada.

—Qué específico, pero vale.

Lorena se concentró para focalizarse solo en el pensamiento de esa mujer. Al cabo de unos segundos, la imagen de unas baldosas blancas prístinas inundaron su mente, y después todo se convirtió en agobio y el sonido de una cisterna.

—Se está meando —dijo sin apartar la mirada de ella. Notaba la confusión de Paula a su lado y apretó los labios en una sonrisa pequeña—. Debe de estar sufriendo, porque es lo único en lo que es capaz de pensar.

—Joder, qué mal —respondió Paula con apatía antes de ponerse a mirar a su alrededor, en busca de otra posible víctima—. Ese chaval, el de la camisa a cuadros. Parece que está dormido, pero está moviendo las piernas al ritmo de la música que está escuchando, seguro.

—Eso no es leerle el pensamiento, es intentar hacerse la Sherlock.

—¡Que no es eso! Lo que te quiero decir es que en realidad está pensando en su novia. O la chica que le gusta. Segurísimo.

Lorena puso los ojos en blanco, divertida.

—¿Eso no es un poco... básico?

—Pues qué te apuestas a que es eso.

—Nada, porque no tienes ni un puto duro —contestó Lorena sin poder evitar reírse, burlona.

Paula le dio un golpecito en el hombro y luego apoyó el dedo índice sobre los labios, alzando las cejas.

—¡Por ahora!

Lorena no dijo nada. Se giró hacia el chico que estaba dos asientos por delante a su derecha, el que tenía la cabeza ladeada en el asiento y los ojos cerrados, pero que no dejaba de mover las piernas. De vez en cuando, daba toquecitos a sus rodillas. No le costó leerle el pensamiento; el chico casi irradiaba nerviosismo, y su cabeza era un salto constante entre la imagen de un garaje lleno de globos y de personas sonrientes y luego una nota suspensa en la pantalla de un ordenador. «No pienses en eso ahora, vas para pasártelo bien», se repetía. Un bucle constante. Lorena pestañeó y volvió a mirar a Paula, frunciendo el ceño y masajeándose la frente, cansada.

—Le está dando vueltas a un examen que le ha salido mal y al cumpleaños de un familiar que tiene este fin de semana. Un poco deprimente, la verdad.

—Madre mía, nos están tocando todos los malos.

—Por eso no me gusta demasiado leer a la gente. —Lorena esbozó una mueca torcida y se encogió de un hombro—. Le damos... demasiadas vueltas a todo. O, al menos, es lo que puedo decir por experiencia. La mayoría de pensamientos que he visto han sido negativos porque son en los que más nos recreamos, y si es bueno seguro que le sacan algo malo. Lo que sea.

Paula se mordió el labio inferior y agachó la cabeza. Lorena temió haber sido demasiado pesimista, amarga. Al fin y al cabo, no habían sido tan horribles; los había visto peores. Agradecía todo el tiempo que se había pasado entrenando para no tener que verlos involuntariamente.

—En defensa de la señora diré que, cuando tienes una vejiga diminuta, como yo, te duele tanto la vida que es imposible pensar en otra cosa que no sea un váter.

Lorena rio, negando con la cabeza, y luego suspiró. Agradecía que Paula endulzase la conversación para que no se torciese, pero se tensó al ver cómo le ponía una mano encima del hombro para, luego, apoyar la barbilla ahí con una sonrisa que Lorena sabía que no presagiaba nada bueno.

—Puedes intentar adivinar mi pensamiento si quieres.

—Ah, no. Ni de coña.

—¿Por qué no? —preguntó Paula con los ojos abiertos, fingiendo inocencia. Lorena entrecerró los ojos.

—Porque te vas a poner a pensar en guarradas solo para incomodarme.

—No es verdad. Venga, inténtalo.

Lorena bufó porque sabía muy bien que se metía en la boca del lobo. Los ojos marrones se encontraron con el verde y leyó antes de tiempo. En el fondo, solo quería una excusa para poder excavar un poco en la mente de Paula.

«No te canses de mí, por favor».

El pensamiento se difuminó al segundo siguiente, como si le hubiese dado una patada para librarse de él. Si no hubiese tenido la voz de Paula, hubiera pensado que era uno suyo propio. Quizá lo era, ya no estaba tan segura de haberlo interpretado bien. Después de eso, solo veía palabras sobre la noche anterior. Labios. Manos. Cuello. Muslos. Lorena negó con la cabeza, mirando al frente y las mejillas ardiendo.

—Si ya sabía yo...

Paula sacudió los hombros con su risa cantarina y no dijo nada, solo sonrió como el zorro astuto que era.

Había un parque cerca de la estación. No era lo ideal porque hacía frío, pero pudieron sentarse en un banco al lado de una escultura azul para comer los bocadillos que se habían preparado la noche anterior. Lorena apretó la mochila apoyada en el suelo con las piernas y se colocó mejor la chaqueta para taparse bien los riñones. Tragó el pedacito de jamón york con queso antes de hablar.

—¿Ahora adónde tenemos que ir?

—La Plaza de Cataluña está cerca, podemos ir andando.

—Joder, cómo se las gasta tu deudor para vivir allí.

—¿Qué? —Paula arrugó la nariz, confusa, y entonces relajó la expresión

—. Ah, no, me refiero a que allí hay una heladería que venden unos helados riquísimos. ¡Tenemos que pasarnos!

Paula terminó de dar el último bocado y apretó el papel de aluminio en una bola. Lorena frunció el ceño. No parecía que estuviese de broma.

—¿Y el dinero?

La chica apuntó hacia una papelería, mordiéndose la lengua con concentración. Lanzó la pelota, que rebotó en el borde y cayó hacia fuera. Dejó caer los hombros y bufó, cogiendo las cosas y poniéndose de pie para tirarla bien.

—Podemos ir más tarde, ¿no? Ya que estamos en Barcelona, deberíamos sacarle provecho a este día.

—¿Yendo a una heladería? —preguntó Lorena con tono socarrón, pero confuso. Paula se tocó el pecho con dramatismo.

—Es que no es *una* heladería, es *la* heladería. Ya me darás las gracias por esto.

Lorena lo dudaba mucho, pero no se atrevió a contradecirla cuando vio la risueña sonrisa en su rostro mientras le daba un codazo. Apretó los labios.

Tenía un mal presentimiento.

## 2013

No había vuelto a hablar con Paula desde la noche de fin de año, cuando se cogieron las manos hasta que decidieron llamar un taxi. Paula tampoco le mencionó nada. Un día simplemente la saludó con una sonrisa risueña por los pasillos del instituto y la otra supo que no debía indagar en lo que había pasado, aunque se muriese de ganas.

Con el paso de los días, más sintió que había soñado esa noche, la tibieza de sus dedos entrelazados y cómo Paula apoyó la mejilla en su hombro durante unos segundos para descansar mientras esperaban el taxi. Olía a vainilla más que nunca.

La observaba de lejos, riéndose a carcajadas de algo que Marina decía, abrazando a Lidia o jugando con su pelo cuando hablaba con los chicos de la clase. Seguían llamándole la atención en Educación Física por hablar y se reía cuando presentaba su trabajo delante de la clase, diciendo un «jo, Edu, no me mires así». La profesora ponía los ojos en blanco, exasperada, pero aun así le aplaudía al final de la presentación. Sentía que existían dos Paulas: la que iba al instituto y la que vio esa Nochevieja.

Hasta que, de pronto, la chica se partió en dos por completo.

Una semana, saludaba a todo el mundo en la cafetería y, a la siguiente, dejó de ir a clase. Hubo rumores, como que se había ido al extranjero, que había contraído una horrible enfermedad y, la más plausible de todas, que la habían visto pelearse con Marina a gritos en mitad de la plaza mayor hasta que tuvo que venir la policía.

Lorena dudaba de la segunda parte, pero estaba claro que Marina debía estar enfadada con ella, porque no desmentía los rumores y decía que le daba igual lo que le pasara a Paula.

Cuando volvió a clase, apenas habló con nadie, las ojeras adornaban sus ojos y el rictus de los labios le transformó todo el rostro. Lorena quiso hablar con ella, pero la chica salía pitando entre los descansos y Marina la miraba por encima del hombro con el gesto torcido.

Lore le preguntó a Emma si deberían preguntarle a Paula si quería estar con ellas en el recreo a pesar de que su amiga le dijera que ni de coña, que no iba a hacerse amiga de una de las de la *chupipandi*. En el fondo, Emma

tenía buen corazón y sabía que iba a ceder, pero no hizo falta: a los pocos días, Paula saludó a Marina con un abrazo y una sonrisa de oreja a oreja a primera hora de la mañana. Luego, todo volvió a la normalidad, a las risas cantarinas y verla juntarse con todo el mundo, hasta con los profesores, cuando se iban a comprar una palmera de chocolate al mediodía a la cafetería.

Paula apenas sonrió la única vez que cruzaron miradas y Lorena deseó más que nunca ser ese pequeño porcentaje de la población que tenía poderes para ser capaz de ver en el interior de su cabeza en ese preciso instante.



## 7

### *¿A qué se debe tu visita?*

Resultó que «cerca» era hora y media andando desde la estación.

A Lorena no le importaban las caminatas, ni poner más dinero para que ambas pudieran tomarse unos helados con sirope y fruta, ni dar un paseo por La Rambla parándose cada dos por tres en los puestos porque a la otra chica le daba curiosidad cualquier cosa. De verdad que no. Lo que le molestaba era la obviedad con la que Paula se inventaba planes que hacer sobre la marcha y cómo posponía el momento de ir a por un dinero con un «todavía tenemos tiempo». Por supuesto, disfrutaba de la compañía de la otra, pero no le gustaba que la trataran de tonta. Ni ella ni nadie.

—Paula, son casi las ocho de la tarde. Se está haciendo de noche. — Frunció el ceño y se detuvo en mitad de la calle, cruzándose los brazos y observándola con determinación—. Tenemos que ir a por el dinero.

La chica se giró, las cejas alzadas pero curvándose en sus extremos en un gesto lastimero.

—Pero quería llevarte a la Gigamesh antes de que cierren. Nos pilla de paso, solo hay que desviarse un poco. Ya verás, hay un montón de *frikadas*. Seguro que te gusta.

—Paula —empezó con el mismo tono autoritario que en el pasado había usado con sus hermanos para mantenerlos a raya. Debía de estar funcionando, porque Paula parecía más pequeña de lo mucho que se había encogido—. No hay dinero ni deudor, ¿verdad?

Dejó caer los hombros y suspiró, bajando la mirada al suelo y haciendo que Lore solo pudiese ver sus largas pestañas. Notó un desagradable nudo en la garganta, mezcla de miedo y decepción. Temía lo peor.

—No es eso. Te lo prometo —murmuró Paula, y por el tono lento y comedido que adoptó, Lorena la creyó. En principio, porque seguía tensa por la respuesta. Su antigua compañera de instituto volvió a levantar la cabeza con una mirada que no sabía dónde posar—. Es... una situación difícil, y me tiene algo acojonada, así que lo siento, pero solo quería pasar un buen rato antes de tener que enfrentarme.

—¿Es peligroso?

—No, para nada. Solo... eso, difícil.

Lorena se sintió mucho más aliviada, aunque aún seguía alerta por el modo con el que la chica jugaba inquieta con las mangas de la chaqueta, buscando algo que hacer con sus manos. Dio unos pasos hacia delante, cogió aire y apoyó las manos en los hombros de Paula.

—Entonces no te preocupes, porque yo voy a estar contigo. Pero tenemos que hacerlo, ambas necesitamos el dinero.

La chica se fijó bien en ella por si veía alguna pista en su rostro que le llevase a lo que le estaba pasando por la cabeza. Solo se encontró con una sonrisa triste y Lorena le correspondió con una más amplia, inclinándose para apoyar juntas ambas frentes con los ojos cerrados.

Creía a Paula. O, al menos, quería hacerlo. Sin embargo, sería tan fácil leerle la mente, saber en qué estaba pensando, a qué se iban a enfrentar...

Notó unos labios posados sobre los suyos y un agarre en su cintura que parecía estar pidiéndole protección con una súplica silenciosa y desesperada. Lorena la rodeó por los hombros y le besó la mejilla antes de apoyar la barbilla en su cabeza, dejando que Paula enterrase la cara en su cuello y se quedara el tiempo que necesitara anidada en su pecho. Podría leerla, pero sabía que ella se enteraría y no quería que la pillase hurgando en su mente sin su permiso.

Por otro lado, Lorena ya había decidido que confiaba y quería estar junto a ella, como llevaba haciendo no solo aquellas últimas dos noches, sino toda su adolescencia.

Cogieron el autobús a pesar de que Paula sostuviera que podían llegar bien andando. Lorena sabía que el temblor de sus manos no era solo por el frío y

quería que descansara un poco. Dejó que se abstrajera con la mirada perdida por la ventana, que empezaba a estar salpicada de gotas, y entrelazó los dedos con los suyos para hacerle llegar el mensaje de que seguía allí, junto a ella. Paula estaba ausente, le resultaba extraño verla así de apagada después de esos días. Le apretó la mano y le acarició el dorso con el pulgar sin decir nada.

La calle en la que se detuvieron no era nada como se había imaginado. Aún estaban en la ciudad, pero alrededor solo había casas con fachadas distintas y modernas, árboles de todo tipo adornaban las aceras y los jardines de cada una. Cruzaron el barrio residencial en silencio hasta que Paula se detuvo frente a una casa gris de tejado azul oscuro con su propia farola iluminando el lugar con luz blanca. Infló el pecho y tensó los hombros. Lorena esperó a que dijera o hiciera algo, pero la chica casi parecía haber entrado en trance. Le apretó el brazo para hacer que se girase hacia ella y sonrió.

—Eh, recuerda: estoy contigo.

Puso la mano sobre la suya con la misma sonrisa triste que la había visto dibujar antes a modo de respuesta y volvió a coger aire. Asintió una vez con la cabeza, como convenciéndose a sí misma, y murmuró un:

—Bueno, vamos allá.

Lorena se separó de ella y dejó que se adelantara para llamar al telefonillo, que emitió un ruidito leve y agudo al presionar el botón. Al cabo de un rato, cuando Paula ya estaba a punto de pulsar otra vez, una voz respondió:

—¿Quién es?

Tampoco se había imaginado esa voz tranquila y profunda de hombre adulto, y Paula se humedeció los labios antes de hablar, visiblemente intranquila.

—Soy yo, Paula. Ábreme.

Hubo unos segundos de duda en los que pensó que el hombre iba a colgar e ignorarlas, pero un zumbido les indicó que las había dejado pasar, y ante la parálisis repentina de Paula, fue Lorena la que empujó la puerta metálica y dejó que pasara.

El jardín sí que era como había creído que sería por el exterior de la casa: lleno de plantas bien cuidadas, un limonero junto a las escaleras de entrada y un móvil de vidrio, que tintineaba por el viento justo al lado de la puerta. Se

abrió justo cuando ellas estaban subiendo. Un hombre de mediana edad, el pelo gris peinado hacia atrás y un jersey verde sobre una camisa se hallaba de pie, agarrando el pomo con el ceño fruncido y la mandíbula apretada. A Lorena ese hombre se le hizo familiar, tanto que se detuvo en medio de las escaleras por la impresión, dejando que Paula fuese la primera que llegase hasta arriba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la misma voz grave que había respondido antes y Paula se cruzó de brazos, guardando las distancias.

—Yo también me alegro de verte, papá.

Se sentó casi en el borde del sofá cuando las invitó a pasar al salón. Miró a su lado de reojo para encontrar alguna mirada cómplice de Paula, pero ella se mantuvo cruzada de brazos y piernas, apoyada en el respaldo y mirando al frente con una aparente calma, aunque el temblor de sus fosas nasales al respirar la delataba.

El salón era marrón y blanco, frío e impersonal. Había unas cuantas fotos sobre una mesa del padre de Paula junto a una mujer de su edad que desconocía y dos chicos adolescentes. Todos sonreían como si se tratase de la foto que venía en el marco al comprarlo. Unas voces ininteligibles se escuchaban en la planta de arriba. Lorena quería cogerla de la mano y darle su apoyo, pero también preguntarle por qué estaban en casa de su padre. Aunque después de la mirada afilada que el hombre le echó cuando Paula la presentó como «es Lorena Duany, una buena amiga mía y se va a quedar te guste o no», prefería no hacer nada que pudiera enturbiar aún más el ambiente.

Después de unos minutos de silencio, el hombre entró en el salón y se sentó en el sillón frente a ellas, aclarándose la garganta y con las manos entrelazadas en su regazo.

—¿A qué se debe tu visita? —preguntó sin más preámbulos. Las palabras sonaron artificiales, como si las hubiese ensayado. Ni un «qué tal», ni un «cuánto tiempo», ni nada que indicase que eran familia.

Paula se inclinó hacia delante con una mirada que indicaba determinación, pero también rabia.

—Vengo a por mi parte de la herencia de la abuela. Me dijo que me dejaba gran parte de su dinero porque sabía que lo necesitaba.

A Lorena le daba miedo respirar por si lo hacía muy fuerte y se la escuchaba demasiado. El hombre escudriñó a su hija con los ojos entrecerrados, ladeando la cabeza.

—El funeral de tu abuela fue hace dos meses.

—Lo sé, ¿y exactamente qué me quieres decir con eso?

—¿No nos has dicho nada en todo este tiempo y pretendes venir a por su herencia?

Paula se revolvió en su asiento con expresión enfadada y los labios entreabiertos tiritando de la ira, inclinándose aún más hacia delante.

—Vosotros fuisteis los que no me dejasteis ir al funeral *por si perdía los papeles*. Y yo quería despedirme de mi abuela, contigo no tengo nada que ver desde que dejaste de responderme las llamadas hace medio año.

—Paula. —El hombre suspiró, pasándose una mano por el pelo lustrado y canoso. Se le veía cansado, y no precisamente por la hora que era—. Hemos hablado de esto antes y te considero lo suficientemente adulta como para entender por qué decidimos guardar ciertas distancias contigo. Tus conductas no eran las adecuadas.

—Lo entiendo. Lo que no puedo entender —empezó Paula con la voz tan quebrada que Lorena se giró hacia ella, pensando que toda ella se iba a romper de un momento a otro— es cómo unos padres pueden tener el corazón tan negro como para darle la espalda a su hija, tenga la edad que tenga, porque no pueden afrontar que tiene un problema...

—Aguantamos muchas cosas —interrumpió su padre, negando con la cabeza, el gesto contraído en unos ojos entrecerrados por el dolor—, aguantamos muchas tonterías tuyas hasta que no pudimos más. Eres mayorcita para afrontar las consecuencias.

—¡Tú ni siquiera estuviste allí!

—Te he estado pagando unos estudios que tú no has sido capaz de sacarte —dijo su padre con tono cortante. La respiración de Paula era errática y pesada.

—¡Eso no es estar allí! Es poner un dinero que te sobra y no te duele perder y lavarte las manos cuando te dije mil veces que no me veía con fuerzas de sacarme ninguna de esas carreras.

—No soy tu psicólogo, Paula. Soy tu padre y como tal mi trabajo es ofrecerte una ayuda para labrarte un futuro. Futuro que no has sido capaz de sacar adelante por tus innumerables excusas.

Paula se rio con un bufido despectivo y amargo, los ojos entrecerrados y expresión incrédula. Lorena apretó los puños. Recordaba a su padre, el señor Alfonso Torres, de haberlo visto solo una vez: en la graduación del instituto. La única imagen que le venía a la mente era una versión un poco más joven, muy erguida y seria que miraba el reloj constantemente y hablaba con los profesores con una sonrisa que no dedicaba a su hija.

La chica hizo el ademán de cogerle de la mano a Paula, mucho más segura que antes, pero ella suspiró y se apartó, masajeándose el puente de la nariz con los ojos cerrados.

—Mira, me da igual, no he venido a discutir —dijo con la voz más controlada que antes—. Solo quiero que hablemos del tema de la herencia y en cuanto se solucione todo no hará falta que me vuelvas a ver nunca más.

—Lo primero, las cosas no son así de fáciles, Paula. Ya me estás demostrando lo bien que has usado tus conocimientos de derecho. —El hombre apoyó los codos sobre sus rodillas y clavó en ella unos ojos verdes tan parecidos a los de Paula pero tan fríos que la hicieron estremecerse—. Lo segundo, es que esa herencia no te pertenece. No sé qué te habrás imaginado o qué película habrás decidido formar en tu cabeza, pero la abuela Jimena no te incluyó en el testamento.

—Mientes. —Paula negó varias veces con la cabeza y los ojos vidriosos—. He tenido muchísimas conversaciones con la abuela y me lo dejó bastante claro. Era la única que me comprendía y yo la comprendía a ella. Dijo que yo necesitaría ese dinero más que ninguno de vosotros para rehacer mi vida y alejarme de vosotros.

—Tu abuela no estaba bien y no sabía lo que decía.

—Porque la abuela perdió la cabeza y era una puta loca, ¿no? —Paula entrecerró los ojos y una lágrima cayó por sus cada vez más sonrojadas mejillas, el rostro agitado y los dientes apretados.

El hombre suspiró y se frotó los párpados al cerrar los ojos.

—Tu abuela siempre ha sido una persona complicada. Se inventaba... cosas.

—¡Era bipolar, papá! ¡La abuela tenía un trastorno bipolar y vosotros os empeñabais en hacerle creer que estaba exagerando, como conmigo!

Paula se puso de pie en cuanto gritó. Los libros y jarrones de la mesa de café temblaron hasta hacer repiquetear el cristal bajo ellos. Lorena le agarró

de la muñeca con delicadeza y su padre se puso de pie con las manos levantadas.

—Cálmate, Paula. No es así y lo sabes, lo tuyo tampoco tiene nada que ver con eso.

—¿Cómo que no? ¡Lo de tratarme como si fuese un demonio viene de mucho antes que mis poderes!

Las fotos se unieron al pequeño terremoto que solo hacía caso a la voz de Paula. Lorena se puso de pie junto a ella, agarrándola de los brazos para mantenerla unida a algún apoyo. El hombre dio un paso hacia delante, señalándola con un dedo amenazante.

—Te lo advierto, Paula. Tu madre fue considerada al no denunciarte cuando pasó el incidente de la piscina, pero como no seas capaz de controlarte voy a tener que llamar a la policía.

Paula se acercó a su padre como si fuese a tirarse encima de él y Lorena alcanzó a agarrarla.

—¡Venga, hazlo! ¡Hazlo! ¡Que ya estás tardando!

Se sobresaltaron cuando uno de los jarrones explotó como si le hubiese atravesado una bala. El hombre se sacó un teléfono móvil del bolsillo y Lorena se empeñó en tirar de la chica, que parecía haberse clavado en el sitio, respirando con la misma fuerza que un búfalo.

—Vámonos, Paula. No merece la pena.

La chica se giró hacia ella, toda roja y con las mejillas mojadas, y tardó en reaccionar antes de zafarse de su agarre y salir corriendo de allí. Lorena ni siquiera se dignó en decirle nada al hombre o despedirse. Cogió las mochilas de la entrada y salió a buscar a Paula.

## 2013

Emma estaba de viaje con sus padres, así que lo que menos le apetecía era ir a clase. Por lo cual se encendió un cigarrillo y se sentó en un portal a ver la lluvia. No tenía ningún plan pensado, ni ningún sitio al que le apeteciese ir. Quizá podía darse un paseo por el centro comercial, pero con la mochila auestas le daba pereza. Chasqueó la lengua. Si hubiese planeado antes las pellas, la podría haber llenado de cosas ligeras para despistar a sus padres. Se frotó los brazos para darse calor. O también podría haber ido a clase como una muchacha normal que no necesitaba depender de su mejor amiga para hacer cosas.

Dio una calada a su cigarro y se colocó la capucha sobre la cabeza cuando vio caminar con pasos pequeños pero rápidos a una chica que le sonaba bastante. Entrecerró los ojos, intentando ver mejor por la lluvia.

—¿Paula? —preguntó en voz alta. La chica, de brazos cruzados y paso firme, dio un pequeño brinco y giró la cabeza hacia ella con cara de pocos amigos.

Nada más verla, relajó la expresión. Sorbió por la nariz y se acercó, resguardándose en el portal. Lorena se puso de pie para estar a su altura y se fijó en el ceño fruncido, el rictus de los labios y los ojos enrojecidos y vidriosos. Paula se peinó el cabello mojado con los dedos sin mirarla.

—¿Me das un cigarro?

Lorena agarró el suyo entre los labios y se sacó el paquete de tabaco junto al mechero del bolsillo de la sudadera. La chica se lo encendió con manos temblorosas y exhaló una larga calada con los ojos cerrados, dejando caer los hombros. A decir verdad, a Lore nunca le había parecido que el tabaco le calmase los nervios, pero Paula se veía completamente relajada, al menos en comparación a unos segundos antes.

—¿Tú tampoco vas a clase? —preguntó Lore, notando el ambiente cargado y tenso.

—No, sí que he ido, pero me han echado.

Volvió a soltar el humo haciendo un ruido con los labios como si intentase silbar y, a partir de ahí, la notó activada, moviendo mucho los brazos y la cabeza para enfatizar sus palabras. Lorena frunció el ceño, sorprendida.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—Que Marina es gilipollas.

—Lo sé, pero ¿qué ha hecho ahora?

Por un momento, se le olvidó que estaba hablando con Paula y no con Emma, pero la chica solo se rio echando la cabeza hacia atrás. Se secó la cara y los ojos con la manga de su chaqueta vaquera y suspiró.

—Pues resulta que este finde es el cumpleaños de Lidia y no tenemos sitio en el que celebrarlo, así que Marina ha sugerido que podíamos hacer otra fiesta en mi casa porque mis padres nunca están de viernes a domingo, pero yo les he dicho que no se podía.

—Ajá —contribuyó Lorena, asintiendo con la cabeza. Paula se había tomado unos segundos para fumar y supuso, por su expresión enfadada, que agradecería, por lo menos, una pizca de simpatía.

—El caso es que Marina me ha preguntado que por qué no, y yo le he dicho que no podía decírselo. Me ha insistido delante de todas hasta que me he cabreado y le he dicho que no me daba la gana. —Arrugó aún más la nariz y la punta del cigarro se iluminó cuando dio otra larga calada. La ceniza estaba a punto de caer al suelo—. Lo que no quería tener que decirle es que mis padres han tenido una discusión gordísima y han hablado incluso de divorcio, pero no quiero decirles nada todavía porque son unas putas cotillas. Total, que se ha puesto a darle un discurso a mis amigas de lo egoísta que soy, que si no soy el centro de atención no duermo bien por las noches y que soy una amiga de mierda.

Lorena chasqueó la lengua, contrayendo los músculos de la cara en una mueca de desagrado. Casi dolía físicamente escuchar esas palabras. Sabía que Marina era una chica con carácter, pero no tenía ni idea de que pudiese ser tan... explosiva. Y más con su mejor amiga.

—Joder, lo siento. Se ha pasado un montón. —Dudó sobre si debería darle un apretón en el brazo para reconfortarla, pero cayó en un detalle que le hizo fruncir el ceño—. Pero... no lo entiendo. ¿Por qué te han echado a ti y no a ella?

—Porque he sido yo la que le ha pegado una hostia que casi la tumba en el suelo y no al revés.

Lorena se quedó paralizada por la impresión, viendo cómo Paula miraba al frente con los labios apretados, sin querer girarse hacia ella. Hubo un silencio de unos segundos entre ellas hasta que, por desgracia, un bufido que

precedía a una risa nerviosa lo interrumpió, y se apresuró a taparse la boca cuando la chica la miró, incrédula. A Lorena le empezó a quemar el cuello y las mejillas.

—Lo siento, es que... no me lo esperaba.

Paula también rio entre dientes y agachó la mirada, negando con la cabeza. Lorena se sintió aliviada de que se lo tomara bien, aunque no se le pasó desapercibido cómo su risa se transformaba en una sonrisa triste.

—Ni ella, ni mis amigas, ni yo.

La morena se frotó el cuello, torciendo la boca.

—A ver, no puedo decir que haya sido lo más sensato, pero... si te sirve de consuelo, seguro que se lo merecía.

—Ah, claro que se lo merecía, se lo lleva mereciendo desde hace mucho tiempo —dijo Paula, asintiendo con la cabeza varias veces. Suspiró y dejó caer los hombros, mirando la cortina que formaba la lluvia frente a ellas—. Pero últimamente se me hace más difícil controlar estos impulsos y... no sé, siento que vivo las cosas de distinto modo que los demás, ¿sabes? Es un poco... frustrante.

Lorena asintió con la cabeza mientras la escuchaba, dirigiendo la mirada hacia la misma dirección que ella. Era lo mismo que habían hablado en año nuevo, ¿se acordaría de eso? Terminó su cigarro y le dio un toquecito con los dedos para tirarlo al suelo. La miró de reojo. Paula aún seguía con el suyo, distraída y más calmada, pero también más seria que antes. Lore se mordió el labio inferior y meció el cuerpo de un lado al otro, con los brazos cruzados y carraspeando la garganta.

—No creo que seas distinta. Si acaso más intensa, pero es normal sentir esa clase de rabia y más si es algo que llevas guardando tanto tiempo. —Se giró hacia Paula cuando vio por el rabillo del ojo que ella hacía lo mismo, y le inquietó un poco que la mirase con los labios entreabiertos, tan callada—. Quiero decir... no es que tengas que ir por ahí dándole hostias a la gente, pero ya es algo que ha pasado y todo el mundo la cagamos. Habladlo más adelante si queréis arreglar las cosas, cuando se enfríe la situación, pero tampoco te martirices por ser, ya sabes, humana. Y por cierto, mis padres se divorciaron cuando yo tenía ocho años y, aunque al principio era una mierda, con el tiempo es mucho mejor así, te lo prometo.

Paula asintió con la cabeza sin mirarla, perdida en sus pensamientos. Lorena se frotó el brazo, sintiéndose estúpida. Ella no era nadie para estar

dándole charlas ni consejos.

—Lo siento, a lo mejor solo querías desahogarte y yo te estoy aquí soltando la chapa de tu vida.

—No, no te preocupes, la verdad es que me has hecho sentir mejor —dijo Paula alzando la mirada para dedicarle una sonrisa dulce de mejillas redondas que hizo que el corazón se saltase un latido—. Muchas gracias, Lore.

—No hay de qué, Paulina —respondió casi en un susurro y la chica acentuó la sonrisa, contenta.

—Paulina. Me gusta.

Se sostuvieron la mirada un par de segundos antes de volver a fijarse en la lluvia, esperando a que parase para poder salir de aquel portal que, en esos momentos más que nunca, parecía un refugio.



## 8

### *Sigo estando aquí contigo*

Llevaba las dos mochilas en la espalda, una tira en cada hombro. La encontró sentada en un banco, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza entre ellas, como las veces que Lorena se había emborrachado con Emma y acababa intentando vomitar en algún parque detrás de su casa. Le hubiese gustado encontrarse en una situación parecida. No por la cantidad ingente de alcohol, sino por lo bien que se lo pasaban entre risas tontas. Sin embargo, allí estaba, delante de Paula, sin ninguna intención de alejarse pero sin saber qué iba a suceder.

La chica solo dio señales de reconocer la presencia de la otra junto a ella con un pequeño giro de cabeza cuando Lore dejó las mochilas a su lado, en el banco. Luego se agachó y posó una mano en su brazo que Paula se encargó de apartar con un movimiento brusco. Lorena apretó los labios.

—¿Estás bien?

Negó ligeramente con la cabeza, pero no dijo nada. Ocultó un sollozo con un hipido. Lorena suspiró por la nariz.

—¿Quieres hablarlo?

Volvió a negar con la cabeza. Lorena se puso de pie, sopesando si sentarse a su lado o irse de allí.

—¿Quieres que te deje sola?

No respondió, al menos no enseguida. Paula sorbió por la nariz y se secó los ojos con una mano, aún sin mirarla.

—No te puedo dar el dinero —dijo con voz ronca—, así que ya no hace falta que te quedes.

—Pero es que yo no quiero irme.

—Pues deberías.

Lorena apretó los labios. No quería irse y no entendía por qué Paula la estaba echando de esa forma. Cogió su mochila —la negra, ya que ambas eran suyas pero una se la había dejado a la otra— y se la colgó de los hombros, dubitativa. Pudo ver cómo la chica apretaba las manos en puños y se encogía aún más en sí misma hasta parecer una niña pequeña, las calvas de su pelo más evidentes en esa postura.

Ella también apretó las manos. Tenía que hacerlo. Bueno, no tenía, pero sentía que debía.

Así que le echó un vistazo a su mente.

A veces se le hacía difícil traducir los pensamientos de los demás a los suyos propios cuando estaba leyendo. Para Lorena, esa vez fue la más difícil.

Lo primero que escuchó fue un ruido constante, chirriante y metálico, el *feedback* de un micrófono mal conectado. Se fue haciendo cada vez más lejano, pero aún presente. Sobre él, se sobrepusieron imágenes. Paula gritando. El agua de una piscina hirviendo, abriéndose en dos cual Moisés separando las aguas del Mar Rojo, el miedo y la culpabilidad al ver a una niña chocando con violencia contra uno de los bordillos, el rostro deformado por el terror más visceral, de ojos y boca muy abiertos. Se obligaba a no pensar en ello, pero volvía. Siempre volvía. La expresión aterrorizada de su madre, la mirada crispada de ira de su padrastro, la decepción en el semblante de su padre.

*Estoy sola.*

La euforia de una vida nueva. Su abuela desapareciendo. Ella misma tirada en la cama, segura de que aquel iba a ser el último día de su vida y hundiéndose más en el colchón con cada minuto que pasaba. A partir de las doce de la noche dejaría de existir.

Pero, al final, siempre se echaba hacia atrás. Y vuelta a empezar.

*Estoy sola.*

Lorena se vio mirándose a sí misma con una mueca de asco que no recordaba haber puesto en su vida.

*Todos se acaban yendo.*

*No sé conservar nada.*

*No sé cómo funcionar.*

*No sé existir. Le hago daño a todo el mundo. Manipulo a todos para que se queden a mi lado, pero siempre se acaban yendo.*

*Estoy sola. Sola.*

Tuvo que dejar de leer cuando la sensación se hizo tan insoportable que pensaba que iba a soltar todos los pensamientos en un vómito de bilis que iba subiéndole por el esófago. Parpadeó varias veces, volviendo a la realidad, y solo cuando se fijó en lo mucho que Paula temblaba y en sus jadeos tan entrecortados y sonoros supo que le estaba dando un ataque de ansiedad.

Lorena dejó caer la mochila al suelo sin ningún cuidado y se volvió a agachar delante de ella, con las rodillas hincadas en el suelo y ambas manos tocándole los brazos, acariciándolos de arriba abajo. No sabía si Paula necesitaba espacio o agarrarse a la realidad. Esperaba estar haciendo lo correcto.

—Paula, estoy aquí. Estoy aquí. No estás sola.

Se tomó su tiempo para responder, cogiendo aire y secándose la nariz con la manga de la chaqueta. Tenía los ojos hinchados y la cara muy roja, empapada, los labios agrietados y temblorosos.

—No por mucho tiempo —dijo entre sollozos, la voz tan afectada que no parecía la suya. Lorena apretó los labios.

—Si es por lo que habéis hablado en casa de tu padre, no me importa.

—¿Cómo no te va a importar? —espetó alzando la mirada—. Te he traído hasta Barcelona, no vamos a conseguir ningún dinero y... mi padre...

—Sí me hubiese gustado que hubieras sido más sincera conmigo —cortó Lorena, esa vez haciéndose un hueco en el banco para sentarse a su lado. Paula se acomodó, pero no se giró hacia ella—. Pero entiendo por qué no me lo dijiste. Y vuelvo a decir, no me importa. Eso no cambia nada. Ya encontraremos otro modo.

—Eso dices ahora. —Se secó los ojos con el dorso de la mano, irguiéndose en el banco. Las piernas aún le tiritaban—. Pero no sabes de lo que estás hablando, Lore. Ni siquiera yo lo sé muy bien.

—Tienes razón, Paula, yo tampoco lo sé —cortó enseguida y la otra chica sollozó, girando el cuello—. Pero te apoyaré en lo que pueda y encontraremos la manera de adaptarnos. Conmigo puedes hablarlo.

—Sé que estás pensando en la bipolaridad, Lore, no tienes que evitar la palabra —dijo Paula con una voz débil y dolida—. ¿Sa-sabes? No son solo cambios de humor, ni estallidos. Olvídate de lo que has visto en la tele. Son... son días enteros. Puede que semanas. Algunas veces parece que nunca me va a volver a pasar, y entonces otra vez no sé qué me ocurre. Y nunca sé el día anterior cómo me van a sentir las cosas cuando me despierte. —Se giró hacia ella, los ojos aún enrojecidos. Negó con la cabeza—. Dices que me apoyarás, pero aún no te ha tocado vivirlo. Y me dará rabia cuando decidas darme la patada, pero tampoco puedo hacer otra cosa por evitarlo. Joder, si es que hasta ahora mismo... me siento como si te manipulase, ¿sabes? No sé qué estoy diciendo. Lo siento. Puedes hacer lo que quieras.

—Paula. —interrumpió para que cortara esa cadena tan catastrófica. Lorena chasqueó la lengua y se masajeó el puente de la nariz, aunque solo duró dos segundos. No quería que la chica se tomase aquella manía como que la estaba hartando—. ¿Te das cuenta de que me estás hablando de ti misma como si tuvieses fecha de caducidad? Que no eres un electrodoméstico con garantía por si se rompe o un objeto en período de prueba, eres una persona. A la que quiero —añadió con cierta vergüenza que se quiso quitar de encima cuanto antes para no echarse para atrás. Paula alzó las cejas, entre sorprendida e incrédula—. Y todas las personas pasamos por mierdas muy duras, sean trastornos, traumas, enfermedades o lo que sea. No te quites valor por ser una de ellas, ni me des explicaciones porque no hace falta.

—¿Por qué? ¿Por qué me dices todo esto? —preguntó Paula con el rostro contraído por el dolor, confusa. Lorena tampoco entendía su pregunta—. Nos hemos vuelto a encontrar hace dos días y tampoco éramos tan cercanas en el instituto.

—¿Y por qué no te lo iba a decir? ¿Necesito un certificado de saberme hasta tu DNI para decirte estas cosas?

Lorena sonrió, algo que pareció ablandar a Paula, que poco a poco relajaba la expresión y apretaba los labios para no dejar escapar una sonrisa. Desvió la mirada, rascándose la nariz. Los ojos rodeados de

pestañas brillantes por la humedad amenazaban con dejar escapar más lágrimas.

—Eres una rarita, Lore.

—Pues como tú, por algo somos... ¿Cómo nos llamaste? ¿Las Renegadas? Las superheroínas fugitivas más pringadas de toda España.

La risa de Paula le llenó el pecho de una sensación parecida al oro líquido. Se terminó de secar la cara y apoyó la mejilla contra su hombro con un suspiro. Lorena cerró los ojos y se apoyó también en ella, disfrutando del olor fantasma de la vainilla que relacionaba con ella.

—¿Y si se va todo a la mierda en un futuro? —preguntó Paula en un susurro cuando pasaron un par de minutos.

La morena volvió a mirarla y le levantó la barbilla con delicadeza para que se mirasen. Luego le acarició la mejilla.

—No sé qué va a pasar, ni te puedo asegurar nada. Pero ahora sigo estando aquí contigo, ¿no? Y eso es lo que importa.

Paula sonrió y asintió con la cabeza. Cogió la mano que Lore reposaba en su mejilla y entrelazó los dedos con los de ella, bajándole el brazo e inclinándose hacia delante para darse un beso tierno, húmedo, íntimo, con sabor a promesas.

No podían saber cómo iba a terminar su relación, o si iba a hacerlo algún día, pero a Lorena solo le importaba que en ese segundo, y en el siguiente, y en el siguiente, seguía con Paula. Toda ella, la chica de las sonrisas en los pasillos del instituto y también la que lloraba en las escaleras de una noche helada.

Lorena y Paula aún tenían mucho que conocer de la otra, pero lo bueno era que iban a hacerlo juntas, en ese pequeño universo que se habían montado. Eran ellas contra el resto de las galaxias de las demás personas.

Volvieron juntas a casa.

## 2013

No culpaba a Emma por querer intentarlo. Después de todo, era la noche de la graduación y no sabía cuándo iba a volver a ver a Carlos, el chico de clase que le gustaba. Quizá no volvían a encontrarse nunca.

Eran casi las cinco de la mañana. Lorena tenía la cabeza embotada de haber bebido dos cubatas de más —que les habían pedido comprar a los que ya habían cumplido dieciocho años—, había subido las escaleras de la discoteca para salir a la calle y tomar el fresco. Así dejaba a Emma a solas para poder bailar con Carlos y ligar con él sin tener que verlo y arrugar la cara por la vergüenza ajena.

Se apoyó en un coche. Chasqueó la lengua cuando se tocó el bolsillo del pantalón y no encontró su paquete de tabaco. Claro, se lo había gastado hacía una hora. Qué mal. Miró a su alrededor por si divisaba algún compañero de clase que estuviese fumando y pudiera pedirle un cigarro, pero en vez de eso se encontró con la mirada de Paula. Se le cortó la respiración. La miraba por encima del hombro, dándole la espalda a tres amigas suyas que buscaban algo en sus bolsos. Llevaba puesta una fina rebeca gris que tapaba el vestido lila tan bonito que Lorena se había quedado mirando durante la ceremonia. La saludó con un movimiento de cabeza, intentando ser casual, y Paula le dijo algo a sus amigas antes de acercarse a ella.

Se separó del coche, como si estar completamente de pie fuese a hacer que pareciese menos fuera de lugar y no al revés. Se le había ido el color del pintalabios y tenía el *rímel* corrido —seguramente por haber estado llorando al despedirse de sus compañeros, Lorena había perdido la cuenta de cuánta gente había visto llorar esa noche—, pero aun así estaba guapísima. Como siempre.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó pasándose una mano por la coleta ladeada. Se había cortado el pelo, pero seguíateniéndolo larguísimo.

La chica chasqueó la lengua y torció la boca en gesto de disculpa.

—Qué va, de hecho estaba buscando a alguien que pudiera darme uno.

—Vaya —respondió Paula, arrugando la nariz.

Lorena suspiró. Le daba pena que toda la interacción que pudiese a tener con ella se perdiera porque se le había acabado el tabaco. Pensó que la

chica se despediría de ella con una sonrisa radiante y se dirigiría al siguiente grupo de compañeros, pero en vez de eso se cruzó de brazos y la miró de arriba abajo con una sonrisa divertida.

—Menudo modelazo, tía. Te lo quería haber dicho antes, pero no me dio tiempo en el insti.

Se miró a sí misma como si no supiera lo que llevaba, con vergüenza pero contenta por el piropo. Tuvo suerte de encontrar aquel traje burdeos tan barato, y la blusa que su madre le había dejado era blanca, discreta y elegante. Lorena sonrió, frotándose el cuello.

—Gracias, aunque Edu no piensa igual. Se ha esforzado por dejármelo bien claro cada vez que me lo he encontrado esta noche.

—A Edu le pueden dar por culo, si le sigue vistiendo su madre porque es incapaz de hacer nada por su propia cuenta.

Ambas rieron, Lorena tapándose la boca con el puño y la otra trinando como un pajarillo. Hubo un silencio entre las dos que no se hizo pesado ni incómodo; Lore agradecía mucho su compañía aunque no hubiera palabras de por medio. Y, por supuesto, fue Paula la que tomó la iniciativa de romperlo.

—¿Y qué vas a hacer a partir de ahora?

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, apoyándose de nuevo en el coche. Se encogió de hombros y suspiró.

—No tengo ni idea. A lo mejor hago algún módulo, o me presento a algún curso. Me tomaré este verano para pensarlo. ¿Y tú?

—Haré selectividad para ver si puedo entrar en la Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca.

—Qué guay —respondió Lorena, sintiendo una mezcla extraña de envidia y tristeza.

Emma podía tener aún una oportunidad con Carlos, pero sabía que lo suyo con Paula era imposible. Quizá podía hacerse Facebook y seguirla por ahí para seguir en contacto. No tenía su número de teléfono, pero podía pedírselo. Siempre les quedaría WhatsApp.

Pero no le salía hacerlo. Pensaba que estaba siendo obvia, y no era capaz de quitarse esa sensación de ridículo de estar persiguiendo la zanahoria colgada del palo que tenía atado a la espalda y que nunca cogería por mucho que corriese. Podría intentar ser su amiga, pero sabía que se iba a sentir

incluso peor. Lorena no era nada interesante, se acabaría cansando enseguida de ella.

—¡Paula, que ya está aquí mi padre! —le gritó Lidia a unos metros de ellas, llamándola con la mano.

—¡Voy!

La chica se le quedó mirando con una sonrisa torcida, triste. Lorena sacó las manos de los bolsillos para cruzarse de brazos y así hacer algo con ellos, nerviosa.

—Te voy a echar un montón de menos —dijo Paula con un suspiro. La otra se humedeció los labios, notando un nudo en la garganta.

—Y yo también.

La chica sonrió y se inclinó hacia ella, rodeándola con las manos apoyadas en su espalda. Tardó en reaccionar, pero le correspondió al abrazo intentando no pillarle el pelo. El perfume había cambiado, olía a caro. Olía a querer quedarse allí durante horas.

Por desgracia, el abrazo no duró mucho más. Se separaron, Paula aún tocándole los codos, y se sonrieron. Cada una con la palabra colgando de la punta de la lengua. Pensó «¿y si me lanzo?».

Por supuesto, no lo hizo.

—Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse algún día, Lore —dijo Paula con dramatismo y voz exageradamente afectada.

Lorena negó con la cabeza y rio.

—Ojalá.

Dejó caer los brazos cuando Paula la soltó. Se alejó despidiéndose con la mano y la otra chica la imitó, ensanchando la sonrisa. Cuando Paula dobló la esquina, la expresión risueña desapareció y se sentó en el capó de aquel coche desconocido con la mirada perdida, el pecho ligero y con una sensación amarga que, en vez de llenarlo, lo vaciaba.

Necesitaba un cigarrillo.

## Agradecimientos

Escribí este libro durante la cuarentena de 2020. Desde entonces, supe que quería publicarlo en Ediciones Dorna. De hecho, la escribí para ellos, no la envié a ningún sitio más. Tres años han pasado y gente con la que compartí esta experiencia ya no están conmigo, pero me gustaría recordar a quienes siguen aquí.

Gracias a mis padres, sobre todo a ellos. Porque espero que salgan en muchos más agradecimientos de mis libros, por estar siempre conmigo. Os quiero mucho.

Gracias a Patri y Laura, las primeras en leer mis historias, dos de mis personas favoritas en este mundo, a las que quiero y guardo siempre muy cerca de mi corazón. Espero que tengáis amigas así en vuestra vida.

Gracias a amigos y compañeros de profesión, porque este mundillo literario es mejor con vosotros. A Asra Chueco, Arien Vega y Gema Cantos, nombres que tenéis que guardaros bien en la cabecita porque van a llegar muy alto.

Gracias a Iván el Grande, por estar desde el principio, porque espero que sigas hasta el final. Happy, happy, happy!

Gracias a Alba por la tremendísima cubierta, por compartir conmigo el entusiasmo por las niñas. Muchísimas gracias por hacerlas realidad. Gracias por ponerle tanto amor, por ser una increíble ilustradora pero buenísima amiga, sobre todo.

He conservado la maquetación, edición y corrección original. Ahora mismo estaréis leyendo esto en digital y de forma gratuita, pero hubo un tiempo que esta historia se pudo adquirir en Ediciones Dorna. Ellos fueron los primeros en confiar en mis novelas. Así que gracias al equipo de Ediciones Dorna. A Elia, a Sergio, a Asia. Gracias por ser las primeras personas en confiar en mis libros, nunca lo olvidaré. Gracias por ser unas personas increíbles, dejáis una huella muy grande en el panorama editorial en el que se necesitan más historias como en las que habéis depositado vuestra confianza. Podéis ir con la cabeza bien alta.

Por último, gracias a ti, por estar leyendo estas palabras, por haber acompañado a Lore y Paula en su corto pero intenso viaje. Espero que os llevéis un pedacito de ellas a partir de ahora, allá donde vais. Espero que lo

hayáis disfrutado tanto como a mí me mejoró la salud mental poder escribir sobre ellas en el peor momento que hemos vivido de forma colectiva. Gracias por leerme. Gracias. Gracias. Gracias.

# Índice de contenido

- [1. Dando por saco](#)
  - [2. Ramen de un euro](#)
  - [3. No sé cuántas cervezas](#)
  - [4. Te lo estás pensando mucho](#)
  - [5. Un universo bajo las sábanas](#)
  - [6. Demasiadas vueltas a todo](#)
  - [7. ¿A qué se debe tu visita?](#)
  - [8. Sigo estando aquí contigo](#)
- [Agradecimientos](#)